

Certamen literario 2018

# Historias de Buenos Aires

Los barrios de la ciudad inspiran a contar historias que reflejan nuestra diversidad cultural



Buenos Aires Ciudad



Vamos Buenos Aires



**AUTORIDADES GCBA**

**Jefe de Gobierno**

Horacio Rodríguez Larreta

**Jefe de Gabinete de Ministros**

Felipe Miguel

**Ministra de Desarrollo Humano y Hábitat**

Guadalupe Tagliaferri

**Secretario de Integración  
Social para Personas Mayores**

Sergio Costantino

**Directora General de  
Promoción e Inclusión Social**

Natalia Muti



# Historias de Buenos Aires

Los barrios de la ciudad inspiran a contar historias  
que reflejan nuestra diversidad cultural.



Historias de Buenos Aires es la suma de vivencias y expresiones de distintas personas mayores de la ciudad, que atravesaron diferentes sucesos a lo largo de su vida.

Los relatos, cuentos y poesías que compartieron con nosotros, son la expresión del cúmulo de historias y recuerdos, manifestando su deseo de ver los mismos plasmados en un libro.

Con el presente Certamen Literario la Secretaria de Integración Social para personas Mayores, a través de su Dirección General de Promoción e Inclusión Social y su Gerencia Operativa de Formación Integral, permitió concretar a quienes participaron, sus sueños de hacer público su creatividad.

Felicitamos a todos los participantes, esperando seguir compartiendo con ellos gratos momentos.

**Sergio Costantino**

Secretario de Integración  
Social para Personas Mayores



## Prólogo

Desde la Dirección General de Promoción e Inclusión Social, a través de su Gerencia Operativa de Formación Integral, se desarrollan actividades que promueven la capacitación integral del adulto mayor, haciendo foco en la inclusión y participación activa de esta población y reconociendo la importancia de su aporte a la sociedad.

---

9

Desde nuestro lugar, emprendimos el desafío de trabajar con y para las personas mayores de la ciudad en pos de mejorar su calidad de vida generando acciones y propiciando espacios en los que puedan expresarse libremente, como es en este caso, a través de la escritura.

Para este certamen propusimos como eje temático “Historias de barrios”, porque entendemos a la singularidad de los barrios porteños como una de las mayores riquezas de nuestra ciudad. Y también, porque consideramos que estas historias estimulan la imaginación, nos retrotraen a lugares, materializan recuerdos que habitan en cada uno de nosotros y reviven anécdotas de los espacios que forman parte de nuestra cotidianidad.

Nuestro objetivo principal con este concurso fue fomentar el acercamiento a la lectura, a la escritura y el amor a la literatura, y esperamos haberlo logrado.

Agradecemos a los participantes por su creatividad y a los miembros del jurado por su valioso aporte y compromiso.

**Natalia Muti**

Directora General de  
Promoción e Inclusión Social



La selección de los cuentos ganadores, estuvo a cargo de un destacado jurado compuesto por:

### **Mary Acosta**

Directora de relaciones interinstitucionales de la UHE Mundial (Unión Hispano Mundial de Escritores). Presidente de UHE Argentina (Unión Hispano Mundial de Escritores), filial Provincia de Bs. As. Presidente Bonaerense de la Academia Latinoamericana de Literatura Moderna. Directora de Protocolo y Ceremonial para ASOLAPO Argentina (Asociación Latinoamericana de poetas, UHE). Miembro de “Naciones Unidas de las Letras” y “Semillas de Letras” (Colombia / Argentina). Miembro del Departamento de Nominadores de Mujeres Profesionales de ABI (Estados Unidos). Representante en Bs. As. del Movimiento Cultural Internacional aBrace (Montevideo, Uruguay). Miembro cultural en Argentina para IFLAC (Foro Internacional de Literatura y Cultura por la Paz). Embajadora de la Paz por Argentina para la WWPO, Worldwide Peace Organization (Organización Mundial para la Paz). Miembro de la Federación Internacional de “Grandes Mujeres Maestras 2018” con Capítulo en Latinoamérica. Además, es escritora, difusora cultural, coordinadora de talleres y eventos literarios, artísticos y terapéuticos. Contacto: [poemasdemary@hotmail.com](mailto:poemasdemary@hotmail.com)

### **Lidia Inés Balatti**

Licenciada en Psicología por la Universidad del Salvador. Posee una formación en neurociencias por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Trabaja en el proyecto “Investigación y desarrollo de un enfoque integrativo: Psicoevolución Integradora”, bajo la dirección inicial del Dr. Raúl Carrea (FLENI) y el Dr. Enrique Berard (Hospital Bonnebal Francia). Posee tres libros publicados: Encuentro Psicodiagnóstico, Estallido de la Integridad y Algo del Todo de todos.

## **Alicia Balista**

Especialista en Periodismo Gráfico por el Centro de Formación Profesional de la Municipalidad de Vicente López (Ex CEVAO). Correctora Literaria por la Universidad de Buenos Aires (UBA). En 2017, obtuvo la 1º Mención de Honor en Poesía en el 5to. Certamen Literario del Rotary Club de Flores, Ciudad de Buenos Aires. Correctora literaria de cuentos infantiles para el Programa Diamante (2018). Participante de la antología de cuento infantil Una historia por una sonrisa, Programa Diamante (2018). Contacto: [musa1636@yahoo.com.ar](mailto:musa1636@yahoo.com.ar)

## **María Antonieta Eyrás**

Traductora, adaptadora y autora de obras de teatro. Presidenta de la Asociación civil “Gente Grande en Acción” y conductora del programa radial “Gente Grande en Acción”, que se emite por Radio el Pueblo.

## **Raúl Fernández**

Escritor y Corrector Literario. En 2012, realizó un curso on-Line sobre Recursos Literarios y Recursos Retóricos con Patricia Bence Castilla. Desde 2014, coordina talleres literarios de poesía y narrativa. En 2015, logró la 2º Mención de Honor, género ensayo, en el Concurso “Gente de Letras” de la Ciudad de Buenos Aires. Su trabajo intitulado: “La problemática social en la literatura” fue publicado al año siguiente en España. En 2016, obtuvo el 3º Premio en Poesía en el concurso literario “Los quijotes de la feria”, Ciudad de San Lorenzo, Provincia de Santa Fe. En 2017, para la Editorial Dunken, realizó la compilación, selección, corrección, prólogo, ilustración de tapa, título y presentación de la antología El escritor y sus laberintos. En 2018, participó en la corrección de cuentos en la antología infantil Una historia por una sonrisa, Volumen 2, Programa Diamante.

## **Susana Ada Villalba**

Dramaturga por la Escuela Municipal de Arte Dramático de la Ciudad de Buenos Aires (EMAD). Magíster en Teatro de Objetos, Interactividad y Nuevos Medios por la Universidad Nacional de las Artes (UNA). Es profesora de la materia Poesía en Dramaturgia para la Maestría en Dramaturgia de la UNA. Además es poeta, crítica teatral y gestora cultural. En poesía, obtuvo el segundo Premio por la Municipalidad de Buenos Aires en 2004/5 y la Beca Guggenheim en 2011. Posee seis libros de poesía publicados y numerosas participaciones en diversas antologías argentinas e internacionales. Realizó un programa radial sobre poesía en la Página WEB de la Biblioteca Nacional. Perteneció al consejo de redacción de la revista y editorial de poesía Último Reino. Creó y dirigió la Casa de la Poesía de la Ciudad y la Casa Nacional de la Poesía (2000) y los Festivales Internacionales de Poesía de dichas instituciones. Dictó talleres literarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). También, ofreció talleres de cine y literatura y de poesía y fotografía. Actualmente es Asesora Artística de la Dirección General del Libro, Bibliotecas y Promoción de la Lectura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Y se desempeña como crítica teatral en la Revista Ñ.



# Historias de Buenos Aires

Certamen literario para personas mayores 2018

**1º Premio: Lejano Villa Malcom**

Smulevich Claudio

**2º Premio: Mi derrotero mi vocación...**

Frías Olga Cristina

**3º Premio: El casamiento de Chela**

Domínguez Alicia Beatriz



## Menciones especiales

**Aguafuertes del siglo xxi**  
**Érase una vez, allá por el 50 y pico**  
**La caída del Sátrapa**

Acquista Roberto Arturo  
Baldi Cristina Ángela  
Scheinkman Silvia Beatriz

## Antología

**Rehabilitando Almas**  
**Los milagros Existen**  
**El Rosedal**  
**Mi calle**  
**El cantor de tangos**  
**Buenos Aires Mi ciudad**  
**El anciano del Parque**  
**Una mañana porteña**  
**El Recuerdo**  
**Bienvenidos a Buenos Aires**  
**Fríos eran los de antes**  
**Provincianos en Buenos Aires**  
**Pasando Frío en el Teatro Colón**  
**Ensayo General**

Lomanto Adriana Nora  
Costagli Juan Osvald  
Kulino Edmundo  
Lanzetti Alicia Mabel  
Chab Tarab Alberto  
Gásperi Julia Estela  
Urtubey Andrés Gerardo  
Villafañe Héctor Julio  
Gomez María Ester  
Larroque Blanca Rosa  
Brukman Abraham  
Gsell Teresa Fanny  
Guía Morales Rafael Ramón  
Berasain Norma Beatriz



# ÍNDICE

<b>Lejano Villa Malcom</b> - Smulevich Claudio.....	pag. 20
<b>Mi derrotero mi vocación...</b> - Frías Olga Cristina .....	pag. 31
<b>El casamiento de Chela</b> - Domínguez Alicia Beatriz.....	pag. 38
<b>Aguafuertes del siglo xxi</b> - Acquista Roberto Arturo.....	pag. 44
<b>Erase una vez, allá por el 50 y pico</b> - Baldi Cristina Ángela.....	pag. 48
<b>La caída del Sátrapa</b> - Scheinkman Silvia Beatriz.....	pag. 52
<b>Rehabilitando Almas</b> - Lomanto Adriana Nora.....	pag. 57
<b>Los milagros Existen</b> - Costagli Juan Osvaldo.....	pag. 68
<b>El Rosedal</b> - Kulino Edmundo.....	pag. 73
<b>Mi calle</b> - Lanzetti Alicia Mabel.....	pag. 78
<b>El cantor de tangos</b> - Chab Tarab Alberto.....	pag. 81
<b>Buenos Aires Mi ciudad</b> - Gásperi Julia Estela.....	pag. 88
<b>El anciano del Parque</b> - Urtubey Andrés Gerardo.....	pag. 90
<b>Una mañana porteña</b> - Villafaña Héctor Julio.....	pag. 97
<b>El Recuerdo</b> - Gomez María Ester.....	pag. 102
<b>Bienvenidos a Buenos Aires</b> - Larroque Blanca Rosa.....	pag. 105
<b>Fríos eran los de antes</b> - Brukman Abraham.....	pag. 109
<b>Provincianos en Buenos Aires</b> - Gsell Teresa Fanny.....	pag. 113
<b>Pasando Frio en el Teatro Colón</b> - Guía Morales Rafael.....	pag. 125
<b>Ensayo General</b> - Berasain Norma Beatriz.....	pag. 130



## 1º Premio Lejano Villa Malcolm

“He dicho alguna vez que la patria no es otra cosa que la infancia, porque allí empieza el duro aprendizaje de la existencia. Un rostro, un barrio, una calle insignificante o hasta un árbol guardado en la memoria se convierten en los símbolos con que resistimos las desdichas de la vida y el desconcierto... Y aunque nosotros vamos cambiando con los años, hay algo muy adentro, en regiones muy oscuras, aferrado con uñas y dientes a la infancia y al pasado, a la tradición y a los sueños, algo que parece resistir a ese trágico proceso”. (Ernesto Sábato).

Mis primeros recuerdos me sitúan en Thames y Castillo. Si bien me quedó pegado el retazo del nombre de una calle, México, y difusas figuras de vecinos, la impronta se fija en ese cruce y, a partir de ahí, en círculos concéntricos que se expanden a las geografías vecinas.

Viví a unos pasos de esas coordenadas, sobre Castillo, desde los 4 hasta los 9 años, desde 1946 a 1951. Si bien después cambié a otro referente porteño, esos cinco años ocupan en mí un lugar desproporcionadamente grande en relación con los años pasados.

Aquel barrio era un barrio de límites. En aquella época, se lo conocía como Villa Malcom. Para el oeste: Villa Crespo, para el este: Villa Alvear (ahora Palermo viejo y borgiano), al norte: El arroyo Maldonado, que para esa época ya era la avenida Juan B. Justo y que durante un tiempo fue la avenida 17 de octubre. Barrio con reminiscencias de guapos, tipos de avería, leyendas de policías muertos y abandonados en una boca de tormenta.

Una cortada de tierra que se negaba a desaparecer, entre Uriarte y Juan B. Justo, era la continuación de Castillo. Para nosotros, “el potrero”; que había sido fiel compañero del arroyo y que bien podía haber sido protagonista verídico del “Hombre de la Esquina Rosada”. Testigo de nuestras querellas pandilleras – ¡por vaya a saber que pretextos!– con los beligerantes de cuadradas mas allá. Allí, llovían las piedras que muchas veces eran provistas por las calles empedradas, cuyos adoquines, consabidamente partidos, se transformaban en apreciados proyectiles, de los cuales nos defendíamos con las tapas de las cacerolas maternas, cual escudos gálicos. También, campo de prueba de nuestros arcos y flechas hechos con mimbre y alquitrán en la punta, que era provisto por las “modernas” calles asfaltadas.

La calle proveía de todo. Los enormes plátanos de Thames o Castillo nos daban las horquetas para hacer las “gomeritas” y los árboles de Serrano (la paralela a Thames) nos regalaban los “venenitos” o “revientacaballos”, esos frutos verdes esféricos, sólidos, que eran lanzados contra gorriones, palomas, faroles y, ¿por qué no?, en la cabeza rapada de cualquier compinche. Cuando mudaba la estación, esos mismos generosos plátanos nos proveían de “coquitos”, igualmente esféricos, sólidos y arrojadizos, en este caso con la mano. Y después, nos ofrecían sus ramas, cual Juana de Arco al sacrificio, para la foga-

rata de San Pedro y San Pablo. En primavera, los árboles de Serrano nos daban unas ramitas flexibles cubiertas de hojas suaves, ideales para cazar mariposas. Sí, en aquel Buenos Aires, había mariposas.

La casa en que vivía era de “inquilinos”, no llegaba a ser un conventillo, porque en definitiva vivíamos dos familias. Como diría un comentarista de box: en un rincón, la mía, con mis padres, mis abuelos y un tío; y en el otro, “los patrones”. Había un tercero en discordia, Juan, un polaco grandote, siempre jovial, que vivía en el altillo y que siempre repetía la misma frase: “¡Tiempo loco!”.

Burke, el dueño –para mis ojos una versión de Toscanini–, era peluquero (“peinaperros”, según mi padre) y atendía en la casa. Había transformado la habitación que daba a la calle, la sala, en el salón de atención. Él avisaba que ya estaba en funciones, colocando en la puerta un pequeño y extraño plato metálico, que colgaba de un soporte.

Nosotros accedíamos por una puerta que daba a un zaguán descubierto, que usaba el cardador de lana cuando venía a aligerar los colchones. De ahí, se pasaba al patio rectangular, en uno de cuyos lados más largos asomaban cuatro habitaciones. Las dos primeras, a continuación de la sala-peluquería, eran las de “los patrones”; la otra la ocupaban mis abuelos con mi tío; y la última mis padres, mi hermana menor y yo. Cerrando ese lado, la cocina de material (la utilizada por los dueños de casa); y al lado, el único baño con letrina. Sobre la pared que enfrentaba las habitaciones ascendía una escalera de material que llevaba a la pieza de Juan y que estaba sobre el techo del baño. Debajo de la escalera, el piletón (iminga de lavarropas!), que muchas veces era mi bañera. Sobre ese mismo lateral, enfrente a las habitaciones, se había construido un cubículo de madera

con techo de chapa. La cocina-comedor de mi familia. De ahí surge la imagen de mi abuela apantallando el carbón mientras la olla humeante dejaba escapar el aroma del puchero, apio, choclo, perejil..., o de aquellas tostadas, que untaba con manteca y dulce de leche, mientras intercambiaba miradas con los ojos amarillos que flotaban en el café con leche y que nacían del pedacito de manteca que me ponían adentro, para reforzar las calorías.

La calle era el patio de juegos, el jardín, el parque y el mundo de las maravillas, donde todavía pasaban los enormes carros cerveceros con sus toneles apilados. Las yuntas de vacas y terneros para tomar leche recién ordeñada (¿Pasteur? Bien, gracias); los pavos que venían desfilando y el pavero que los levantaba por el cuello con una larga pértiga de hierro que tenía un rulo en la punta, una vez que el agraciado había sido elegido por una vecina. El carro del sillero que venía bamboleándose con su carga de sillas, mesas de paja y mimbre, plumeros, canastos y sillones. El carro del verdulero con la consabida balanza romana. El pescador con sus dos canastos justicieros equilibrándose en los extremos de una gruesa caña; el paragüero; el vendedor de muñecas (mi abuelo era uno). Todos voceaban su mercadería. ¡Divino shopping ambulante! Y para rematar todo, en la noche y cada tanto, ¡la banda del Ejército de Salvación! En ese cruce, en “mi cruce”, los músicos se disponían en círculo y arremetían con sus clarinetes y cánticos, ahuyentando al maligno.

En una de las esquinas estaba la panadería de Gussoni, que los domingos recibía en el horno generoso, todos los asados del barrio que, propina mediante, salían en aquellas asaderas negras que ningún vecino dejaba de tener, tapados por repasadores blancos. ¡Qué sabor tenían aquellas papas! El espectáculo era ver abrirse la

boca de fuego del horno, profundo, rojo y ver al maestro panadero manejando la larga pala de madera removiendo o sacando aquellas fuentes metálicas.

Barrio de tango por antonomasia, inolvidables carnavales en el Villa Malcolm de Córdoba y Thames, con orquestas típicas en vivo. Sinceramente no recuerdo quienes eran, pero tengo la velada imagen del conjunto sobre el escenario y el cantor empuñando el micrófono. Nosotros saliendo y entrando del salón a la calle y de la calle al salón, entrometiéndonos en la pista bajo la lluvia de papel picado y serpentina. Carnaval que se extendía hasta la avenida Corrientes, donde las mascaritas y los mascarones, trepados a los palcos, veían pasar las carrozas del corso oficial, plenos de inocencia proletaria.

Fue en un carnaval de esos que, ya tempranamente, descubrí mi absoluta inutilidad para el comercio. Las varas de mimbre, que servían para hacer arcos y flechas, al llegar los carnavales, poniéndoles pequeñas plumas en la punta, se trastocaban en “plumeritos”, adnículos que servían para molestar al prójimo haciéndole cosquillas en el cuello, la punta de la nariz o cualquier otro lugar de la humanidad que uno pudiera imaginarse. Para construirlos, en primer lugar, uno debía agenciarse de plumas lo más suaves posible y después teñirlas de colores vivos. Razón por la cual ahí hice otro descubrimiento: las anilinas Colibrí. Mágico producto que convertía la blanca o grisácea palidez de las plumas en un arco iris tropical. Una vez teñidas, se las ataba a la punta del palito de mimbre y luego se salía a vocear el producto por el corso de la avenida Corrientes, donde el tambor de Tacuarí, desde la puerta de la Comisaría 25, nos alentaba y los parroquianos billaristas del café San Bernardo nos miraban con sorna. Pero mis plumas eran muy duras y si alguien, por casualidad, hubiera com-

prado el producto, de seguro le hubiera dejado un hermoso rayón al beneficiario de la caricia.

Claro, las plumas fui a buscarlas al pollero del mercado de Córdoba y Uriarte. En esa época, los pollos y gallinas llegaban vivos al mercado, en enormes jaulones, de los cuales eran prolijamente sacados por el feriante, a elección y pedido de sus clientas. Luego, tomaban el ave por el cuello y con un certero tirón de la cabeza, el pollo o gallina, según fuera, iniciaba su periplo hacia la cacerola más próxima. Este derrotero comenzaba con el desplumado, luego el despanzurrado, limpieza de los intestinos, el corte de cabeza y patas y finalmente quedaba envuelto en elegante papel de diario. En el mar de plumas resultante, fui a buscar la condescendencia del puestero para mi futura actividad, por supuesto, no fueron los mejores ejemplares los que vinieron a parar a mis manos.

Ese mercado, como todos los mercados de Buenos Aires de esa época, era un mundo lleno de colores, de aromas, de texturas, de idiomas. El italiano se mezclaba con el árabe, el ídish, el español de regiones diferentes y las tonadas de las entonces 14 provincias. Pero tan interesante, como el mercado en sí, eran las cuadras de Uriarte, desde Córdoba hasta Castillo, que recorría de la mano de mi abuela. Ahí estaba el “tachero”, aquel reparador de cacerolas y artefactos de aluminio. No había llegado el “úselo y tírelo”; en esa época, se era consumista de una vez y para siempre –dentro de lo imposible–, desde objetos hasta cónyuges. Después estaba el zapatero remendón, la tiendita, la peluquería, la ferretería, el corralón. El corralón donde se vendían los fardos de pasto para los caballos, el maíz para las gallinas, el carbón para la cocina, el querosén para la estufa. El olor de esos fardos todavía está presente en mí. El hijo del dueño era com-

pañero de colegio, recuerdo su cara redonda, su pelo negro y corto como un cepillo, una boca grandota que cada vez que se abría mostraba unos dientes separados, una eterna tricota que circundaba su cuello y aquellos ojos fijos con la expresión “no entiendo nada”, cada vez que la maestra le preguntaba algo.

Por ahí, también estaba el aceitero, que vendía el aceite suelto que venía en tambores cilíndricos; y mediante una bomba, hacía subir el líquido a un medidor de vidrio, desde el cual se lo trasladaba al recipiente que uno llevaba. Caminando esas cuadras, de la mano de mi abuela, se me fue prendiendo el tango. Todos los puestos del mercado tenían la radio encendida, todos los negocios de la calle también, todos escuchando tangos, y por supuesto, Gardel, que me iba enseñando las letras al paso. Esto es algo que nunca había pensado. ¿Por qué Gardel y no otros? Quizás la diafanidad de su voz, quizás por esa forma de decir tan natural, tan como si estuviera hablando con la gente de la calle.

Cada uno de los lados del cuadrilátero de mi manzana, era un mundo diferente. Como ya comenté, el lado paralelo a la calle Thames era la calle Serrano. Sobre esta última y a una cuadra de distancia, siendo Castillo la divisoria, extrañamente había dos escuelas estatales. El Serrano Chico y el Serrano Grande. El primero solo tenía cursos hasta 3er. grado, mientras que el otro tenía el ciclo completo, que en aquella época terminaba en 6° grado. Por supuesto, yo iba al Serrano Chico que lindaba con el religioso colegio San José, de donde emergían unas monjas que llevaban sus rostros enmarcados por las tocas blancas, ceñidas a su vez por las negras túnicas que les cubrían los hombros y se prolongaban en el hábito del mismo color. El Serrano Grande, además, albergaba un destacamento de “boy scouts” que

centelleaban ante mis ojos con sus prolijos uniformes marrones, sus rojos pañuelos al cuello y el redoble de sus tambores.

Y cuando moría un vecino, era de rigor que el imponente coche fúnebre, seguido por el de las coronas y los que ocupaban los deudos, todos tirados por prietos y solemnes caballos, diese una vuelta a la manzana, de despedida, antes de emprender el viaje al barrio vecino, el de la quinta del Ñato (Borges dixit).

Serrano arriba, en la otra cuadra, yendo hacia Corrientes, de la vereda que enfrentaba al colegio, estaba el Club S. y D. Fulgor de Villa Crespo, sede de milongas, timbas, actividades deportivas y, ¿por qué no?, generador de futuros casamientos. Serrano hacia Córdoba, era la ruta que llevaba a la luz y la diversión. En ese tiempo, era doble mano y ya circulaba el colectivo 55, pero el tamaño de las unidades y el tránsito de la época no generaba dificultades. Para ir al zoológico o para ir a andar en bicicleta, era el transporte obligado. Digo para andar en bicicleta porque para aquellos que no teníamos una propia, frente a los jardines de Palermo, a media cuadra del Zoológico, había un local que las alquilaba. Una vez que el colectivo cruzaba Córdoba, yo estaba atento a la pintoresca placita que, tres cuadras más adelante, cortaba la calle y que también bordeaban los tranvías. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Ahora se llama “Cortazar”, lugar de moda, “design”, gourmet y aureolada de esnobismo borgiano.

En ese barrio de plazas lejanas, había otro lugar de esparcimiento, la vía muerta. Para llegar había que ir por Castillo, para el lado del potrero y cruzar Juan B. Justo. Era un ramal de ferrocarril, que corría detrás de las actuales vías del ex-ferrocarril San Martín, entre Córdoba y Corrientes y eventualmente utilizado como playa de maniobras. Allí íbamos, entre los rieles, a remontar barriletes o a ju-

gar a la pelota. Había en el lugar una presencia extraña, una oveja. Nunca supe de quién era, quizá haya sido la del Principito, pero ella, ajena a la fama, pastaba mansamente en medio de nuestros juegos. Muchas veces nos corríamos hasta Córdoba y Juan B. Justo (donde ésta se cortaba, porque el puente actual no existía) para ver como las enormes locomotoras a vapor pasaban raudamente, mientras mi viejo intentaba enseñarme el principio del émbolo. Siempre me llamó la atención las barreras del cruce de Córdoba y la vía porque, en aquella época, eran unas barreras tipo tranquera que, en lugar de elevarse, se habrían o cerraban como si fuesen gigantescos portones. Cruzando Córdoba, estaba la primera calesita de la cual tengo memoria y donde obtuve mis primeras sortijas. La otra calesita, que acude a mis recuerdos, es la del Zoológico. Esa era una calesita “pituca” de caballitos relucientes con movimientos ascendentes y descendentes al compás de una orquesta de trompetas neumáticas.

En la esquina de Uriarte y Castillo, estaba el almacén con despacho de bebidas, del que mi abuelo era “habitué” y del cual se escapaba un olor acre, mezcla de vino en toneles y piso de madera húmedo, matizado con los gritos del truco. Resabio de antigua pulpería, se mezclaban los criollos viejos con libaneses recién llegados, tanos aquerenciados con judíos de variada procedencia, blancos polacos con los últimos renegridos descendientes de libertos. Enfrente, en la esquina de Uriarte y el potrero, estaba la fábrica de lavandina que esparcía su olor a cloro, como para purificar el vaho del quebracho o la semillón. Doblando por el potrero, a pocos pasos, vivía un amigo de mi tío, extraño personaje que era el enfermero del barrio, le faltaba una pierna y, como era el estilo de entonces o la falta de fondos, llevaba el pantalón de la pierna ausente plegado al medio, que flotaba al rítmico movimiento de las muletas. Un sendero de unos 15 metros llevaba

desde la puerta de entrada hasta la casa, sobre la izquierda, separado por un alambrado, había un gallinero. Nunca me voy a olvidar el día que me mandó a comprar maíz para las gallinas al corralón. Me envolvieron el maíz en una sola hoja de diario, que a los pocos pasos empezó a romperse y ante mi desesperación el grano empezaba a esparcirse. Alcancé a gritarle a un carro que pasaba y el carrero, gaucho y solidario, me tiró una bolsa de arpillera con la cual pude llevar mi recado a buen destino.

Por Uriarte, también pasaba una de las primeras líneas de trolebús que circuló por Buenos Aires, aquellos ómnibus con tiradores. Para esa época, también se empezaron a hacer las instalaciones de gas domiciliario, con lo cual, las trincheras que se abrían para instalar las cañerías eran, para los chicos, mágicos laberintos que corrían bajo tierra y nos transportaban a imaginarias y legendarias regiones.

Otro clásico eran los carritos tirados por un caballo, de la Panificación Argentina, que iban pregonando su producto con una corneta. No me acuerdo porque razón hubo un desabastecimiento de harina de trigo, razón por la cual las panaderías de barrio sólo tenían pan negro. Parece que en aquella época comer pan blanco era una cosa de vida o muerte, porque ni bien aparecía el carrito, ahí íbamos todos, grandes, chicos, viejos, jóvenes, mancos o tullidos corriendo tras el carro para conseguir la anhelada pieza de pan blanco. También parece que en aquella época los faltantes eran rotativos, porque me estoy acordando de una falta de vino común de mesa y en mi casa siempre estábamos atentos a la llegada del camión con el vino para ir a hacer la cola en el almacén. Cada uno de la familia tenía un gusto distinto. A mi mamá le gustaba el Crespi, suavemente abocado, mi abuelo tomaba Arizu o Toro (diga las cosas por su nombre: al pan, pan

y al vino, Toro), un tío abuelo siempre mandaba a comprar Gargantini, otro tío abuelo, prefería el Tomba. Todas las marcas se peleaban las preferencias del público.

Enfrente de mi casa, sobre Castillo, había dos talleres mecánicos. Uno era el de Indalecio, también conocido como El Indio o Chiquín; el otro era el de Tejerina, ¿Oscar quizá?, el crédito del barrio. Un sanjuanino que corría siempre en aquellos inolvidables grandes premios de Turismo Carretera que se extendían por todo el país, mientras Luis Elías Sojit los transmitía por radio y su hermano “Corner” daba la posición de la polvareda por los caminos de tierra desde una avioneta mientras aprendíamos geografía. Quemú Quemú, Chañar Ladeado, Monte Buey. Siempre teníamos la ilusión de ver llegar a Tejerina puntero, aunque más no sea en una etapa. Pero nunca se dio, nunca tuvimos un campeón en el barrio a pesar de verlo trabajar siempre sobre la “cupecita”. ¡Este sí que era todo a pulmón! Yo por las dudas guardaba una foto de Fangio que venía con la propaganda de Suixtil (confeccionista de ropa).

Fue una tibia noche de reyes, en la esquina de Gussoni, antes de la medianoche. Todos pendientes de la radio. “Corner” transmitía desde el Madison Square Garden de Nueva York, con el auspicio de “La cabalgata deportiva Gillette” y los comentarios de Buck Canel. Por momentos, la voz se perdía en el éter, pero escuchamos claramente cuando el ídolo subió al ring. Todo fue tan rápido, “La luz de un fósforo fue...”, como cantaba el tano Marino. La trompada de Ike Williams y ¡a la lona!, ¡chau, Mono! Me fui a dormir esperando la próxima ilusión. El regalo de Reyes era más seguro.

**Smulevich Claudio**  
esmule@hotmail.com



## 2º Premio

# Mi derrotero, mi vocación y Malvinas

Alguna vez, cuando eres pequeña, te preguntan: “¿qué vas a hacer cuando seas grande?”. Y vos, con tu sonrisa más inocente, decís: “¡Maestra o doctora!”, pero no fue mi caso. Cuando me preguntaron dije: “Veterinaria o monja”. Luego, pasás por la vida yendo de un lado a otro. Y pasaste por Agronomía solo con el colectivo 24 o por algún convento un hermoso día de Campo.

Mi derrotero me llevaba a una Base de la Marina. Mi padre era marino y mi madre era de las mujeres que cumplía el mandato familiar que decía: “Hay que seguir al marido... No hay que dejarlo solo”. Con el tiempo y mis años, comprendí con certeza que esto era verdad.

Una va armando su vida hasta que de forma consciente se pregunta: “¿Qué quiero ser ahora que ya soy grande?”. En un sitio, donde una siente que ni monja ni veterinaria es posible, ve que lo más parecido a una doctora es ser Enfermera Naval en la Escuela De Sanidad Naval dentro de una base naval. Y allí fui haciendo lo que sentía con mi orgullo y con la certeza de que todo estaría bien.

Comienzan a aparecer las vivencias, que luego se van asentando en nuestras vidas: el noviazgo, tu carrera y luego la familia. Todo se vive como dentro de un gran barco de guerra. Luego, vienen los hijos y vas criándolos; y seguís tu derrotero que te conduce a la sorpresa que nunca imaginás.

Pasa la vida, vas realizándote como mujer, como profesional, en donde aún quedan muchas metas por cumplir y sorpresas que van a

cambiarla para siempre.

Mientras tanto, jamás te veías como una enfermera de las películas, curando los soldados de una guerra y en la vida real. Llevabas tus hijos a la escuela, les dabas de comer, los amabas, educabas y trabajabas. Celebrabas cumpleaños, fiestas de navidad, llegadas... Muchas veces sola, porque casarse con un hombre que es marino y navega tiene sus bemoles. Hay mucha ausencia, pero cuando hay presencia... ¡se celebra! La vida sigue en su vorágine y un buen día te diste cuenta de que un fuerte dolor te convierte en una nueva mujer feliz y realizándote una vez más como mujer multifunción: "¡Felicitaciones, es una nena!". Y ahí sentís, que vale la pena volver a convertirte en mamá multifunción. ¡Nuevamente un pedacito tuyo viene a este mundo y el manual de cómo llevarlos adelante sigue sin aparecer y ellos con el karma de tener una mamá enfermera naval!

El aire estaba denso entre nostálgico y extraño. Se había comenzado a oscurecer la ciudad. En la base naval, decían que era rutina. Cuestión que era creíble porque siempre se hacían ejercicios de oscurecimiento. En ciertos temas, había hermetismo, como por ejemplo los amigos y colegas que se despedían por que se iban a navegar, pero nadie decía a qué iban o a dónde ni qué podía pasar teóricamente. Era lo que se llama en la jerga marina "zafarrancho de combate".

Unos meses antes, había aprestos en los que uno percibía que algo había, Pero muy pocos sabían (de hecho, casi todos se enteraron cuando ya habían zarpado de Puerto Belgrano) hacia dónde era su derrotero: Islas Malvinas.

Mientras tanto, mi rol de mamá reciente y de mamá multifunción me tenía muy ocupada. Estoy sentada, ensimismada en atender

a mis marineritos y mi barco para que no haga agua. Y siento una voz familiar: “Prepárame un bolso con ropa de uniforme”. Eso era parte de la rutina de nuestra vida, guardar la ropa en un bolso para salir a navegar (adentro: fotos, cartitas y dibujitos). “¡Estamos a la orden!”. Eso significa que si me llaman, tengo que acudir. Entonces mamás multifunción buscan soporte técnico: mamá, abuelos, tías y tías del corazón (eso abunda en los ambientes de familias de militares), amigas que no tienen hijos o si los tienen ayudan. Con el tiempo y en mi historia personal, son los actores más queridos que están en mi corazón, ¡oh, ya hace treinta y seis años!

Mis días de mamá enfermera estaban cercanos nuevamente, por lo tanto, disfrutaba de atender a mis peques a tiempo completo entre cuidados, baños, mamaderas y otras demandas. La hermanita más grande, por una cuestión de sistema piramidal, ayudaba y cuidaba a veces. Pero mi hora más gratificante era cuando a las seis de la mañana encendía la radio para darle a mi beba de mamar, tranquila y disfrutar solo de nosotras dos, escuchando música. No obstante, un día algo me paraliza cuando escucho: “Transmite LRA1 Radio Nacional...”. Y de fondo sonaba la “Marcha de las Islas Malvinas”. Luego, un mensaje que no podía creer, y difícil de entender a esa hora. Solo rescaté: “En un esfuerzo conjunto de las Fuerzas Armadas fueron recuperadas las Islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur”. Ahí entendí todas las preguntas y encontré todas las respuestas.

Sin creerlo, allí cambiaba mi vida, como la de tantos argentinos. En Las Islas y en El continente, ya había un antes y un después.

A los dos días, justo cuando mi beba cumplía un mes, recibo una citación de la oficina de personal del Hospital Naval de la Base Naval de Puerto Belgrano. Al día siguiente, debía presentarme a cubrir

guardias. Aún me quedaban quince días para finalizar la licencia, pero si la patria nos necesitaba, había que ir por todo, por el valor, por la fortaleza de espíritu, por nuestros hombres que iban siendo evacuados al continente y en condiciones desesperantes y muy tristes. Nuestros soldados heridos, nos convirtieron en sus familias, sus madres, psicólogas, hermanas y también éramos sus amigas. Hablar de las miserias humanas vividas no fue fácil.

La sala donde yo trabajaba en tiempos de paz era maternidad. Al reincorporarme a mis deberes, la sala de partos se transformó en los quirófanos para bañar y curar a los soldados heridos. El sonido de los llantos eran muy diferentes, estos no eran cantos de vida precisamente. Su sonido te laceraba el corazón. Fueron horas interminables caminando, llorando a escondidas. Algunas llorábamos abrazadas por ellos, por nosotras, por nuestros hijitos. Muchas de mis compañeras tenían a sus esposos en el frente. Si bien éramos todas de una franja etaria de veinte a cuarenta años, muchas estábamos dando de mamar a nuestros hijos; había momentos en los que la maternidad se hacía sentir en nuestros cuerpos de puérperas tardías. Estábamos sensibles, pero no había espacio para el lamento. Eran épocas con los valores más férreos. Nos educamos en una escuela militar como enfermeras navales civiles, ya que las primeras mujeres militares ingresaron a la Armada en el año 1982, como aspirantes a la carrera militar.

Durante nuestros dos años de formación como enfermeras navales, concurríamos con todos nuestros compañeros militares a izar nuestra bandera al pabellón a las 8 AM. Con temperaturas bajo cero, nuestros cuerpos resistían la adversidad climática. Era uno de los primeros desafíos de la carrera. En aquella época, no nos permitían usar pantalones, solo el uniforme blanco, medias de nylon, una camperita

azul y las capas azules y rojas. Fue ardua la época de formación, pero ahí estábamos, algunos años después, prestando servicio a la patria. Tal vez, en ese momento no teníamos conciencia de la dimensión de nuestra tarea; hoy, con los años, cada vez que tenemos que volver con el recuerdo a esa época, no podemos evitar el llanto emotivo por demás.

Si bien era nuestra tarea, internamente fue un gran desafío y no estábamos preparadas para la guerra, ya que éramos enfermeras navales civiles. Hubo un antes y un después y ya no fuimos las mismas de allí en adelante. Ese dolor también nos hizo crecer.

A veces, íbamos al vestuario a sacarnos los zapatos un rato; las que éramos mamás recientes, con los sacaleches a cuestras. A veces, no podíamos volver a casa porque el trabajo era arduo e íbamos a comer una naranja, tomar un mate, o comer un sándwich preparado por las monjitas del hospital para volver a las salas a seguir trabajando. Muchas veces nos pasaba, cuando regresábamos de tomar el refrigerio, que al preguntar por un paciente determinado, una mirada era suficiente para saber su fatal destino.

Nuestros hijos con las abuelas, tías, amigas, pues, había que acompañar más a las compañeras que tenían sus esposos en las Islas. Sus hijitos a veces quedaban solitos, mirados por alguna vecina; otros se trasladaban a la casa de familiares en otras provincias, generalmente era en el norte y ese era un plus adicional para el dolor de la separación. Agradezco a Dios que yo tenía mi madre, mi madre política y amigas entrañables, que cuidaban mis hijos. Mi barco no tenía que hacer agua. ¡Nos conteníamos entre nosotras, pero seguíamos en nuestras propias luchas!

Era muy difícil salir en las ambulancias por las dárseñas del Puerto, a oscuras, tomando de la mano a los heridos, a los que les preguntábamos qué iban a hacer después de la guerra. El común denominador era: “Volver con mi familia”. Les infundíamos esperanza, aunque en algunos casos, íntimamente, sabíamos que no iba a ser tan así. ¡Cómo no involucrarse, con tanta frustración y tanto dolor!

Por “razones de seguridad”, no podíamos hablar con nadie ni podíamos sacarles fotos. Ellos querían tener un recuerdo, una foto vestidos de soldados. Creo que ese era un salvoconducto para que su familia supiera de ellos. La incertidumbre de sus familias que no sabían dónde se encontraban. Algunas de nosotras llamábamos a algún vecino o familiar para avisar que estaban allí. Como nos cobraban las llamadas porque de la base no se podía llamar, gastábamos, pero pensábamos que eso era parte de la tarea, en algunos casos. Muchos, a causa de su estrés postraumático, anduvieron errantes mucho tiempo sin ver a sus familias. Otros no pudieron cargar con el horror y se suicidaron. En ese tiempo, no poseíamos una tecnología tan avanzada. Era todo a puro corazón y así lo hicimos, con nuestras cargas, transformando dolor en paz, en escucha, en amor y en vocación. Los enfermeros somos formados para curar y para salvar vidas donde sea, donde se nos necesite. Y ante estos recuerdos, tratamos de olvidar la adversidad. Llevamos nuestra historia donde sea, nuestro mensaje de mujeres, de madres, de esposas y de hijas. De allí, nos hicimos coprotagonistas de la historia de la guerra.

Hoy, sigo con el corazón lleno de emoción. A veces, nos reencontramos con los excombatientes, quienes nos abrazan y lloran abrazados a nosotras. En ese momento, sentimos la caricia más hermosa para el alma, la de la mano de Dios.

Cada vez que cuento esta historia, agradezco a mi familia porque ellos fueron también parte de ella. Cada uno en su trinchera creció y vivió su propio dolor, ausencias y recuerdos.

¡Héroes! Para ellos, todo el amor de esta tierra no será suficiente. Es Maravilloso abrazar a sus familias. Una se funde en un abrazo con madres, padres, hijos, esposas, hermanos. Ellos aún los lloran. Treinta y seis años no ha sido suficiente para su dolor. En las Islas Malvinas, quedaron seiscientas cuarenta y nueve almas que hoy viven en los corazones de quienes jamás los olvidaremos. Otros han partido a buscar su pedazo de cielo en vuelos de albatros, desde el continente.

Para Nosotros, ciento cincuenta almas, que con vocación un día elegimos ser enfermeras navales civiles de la Armada, no sabíamos que seríamos parte de esta gesta. Hoy, Malvinas sigue siendo una dolorosa asignatura pendiente, si se quiere, cargada de indiferencia. No obstante, todos nosotros sentimos la satisfacción del deber cumplido.

Cada actor de esta historia, que sigue sufriendo, aún pelea contra sus propios demonios. Nuestro demonio ha sido y es la indiferencia. Han pasado treinta y seis años y aún tengo la imagen de estar sentada en mi cama con mi beba y saber que esa mañana iba a cambiar mi vida.

Siempre pienso que si verdaderamente existiera otra vida, yo volvería a ser enfermera naval de la Armada Nacional. Y que mi propio derrotero me conduzca a poder hacer más por los gloriosos héroes de Malvinas y por mi patria.

**Olga Cristina Frías**  
oly\_\_oly1@hotmail.com



### 3º Premio

## El casamiento de Chela

Doña Raquel y Chela tomaron el tranvía en la avenida Caseros. Estaba casi vacío, así que pudieron sentarse juntas. Volvían de la modista. Chelita estaba excitada, se había probado su vestido de novia, de satén blanco, con unos drapeados que destacaban sus senos, esos que a Bruno, cuando se despedían hasta la próxima visita, le gustaba tanto acariciar en la cómplice penumbra del zaguán. La madre, siempre adusta, viajaba enfrascada en sus pensamientos. No tenía resueltas algunas dudas. Si invitaba a doña Antonia y sus hijas, tan ordinarias y envidiosas; si iba a permitirle a su marido que le avisara a su tía Ernestina (¡invitarla, jamás!) a la que todavía no le había perdonado los desagradables comentarios sobre Josefina, su hermana menor, que si bien eran ciertos, no tenía por qué hacerlos y máxime en presencia de doña Carlota y de la comadre Elsa Benvenuto.

Chelita, parlotaba sobre temas de su futura boda. También tenía sus dudas. Cuál era el más lindo de los ramos y de los tocados que habían visto ¿El de Casa Lamota o el de Tienda La Reina? Algo ya estaba decidido. Se haría la permanente en la peluquería de “Mecha Caus”. Antes de llegar a la calle Dean Funes, tomó otra decisión. El ramo y el tocado serían de Tienda La Reina, no porque fueran más bonitos, sino porque sus amigas se morirían de envidia, cuando supieran que los había comprado en un negocio importante de la calle Suipacha. Para eso le pediría a su amiga Aída que la acompañara a elegirlos. No tenía dudas de que ella se encargaría de divulgarlo.

Cuando se casó Rulita, la hermana mayor de Bruno, los padres

tiraron la casa por la ventana. La confitería fue “Bacanal”, la más importante de Parque Patricios, y Chelita no quería una fiesta menor. Claro, tampoco iba a ser como la de Norita, que se casó con un gallego en una iglesia de la calle Santa Fe y después todos fueron a un salón de Barrio Norte.

La fiesta de casamiento se haría en la casa de los padres de Bruno (este fue el único aporte que hicieron para el acontecimiento). Como correspondía, la fiesta la pagaría el padre de la novia o sea, el padre de Chelita, que ante cada pedido de las mujeres de la casa gritaba: “¡Claro, como los gastos corren por mi cuenta, soy yo el que me tengo que romper el lomo!”. De modo que la confitería la eligió don José y encargó las bebidas en el almacén de don Paco: sidra, cerveza y naranjada. Chela había llorado mucho porque su padre no aceptó servir strawberry fizz, iy a cambio, ofreció sangría!

En un tema, no hubo discrepancias. La unión se bendeciría en la iglesia de San Antonio de Padua a las 20. 15. y con alfombra blanca. Doña Anita había insistido mucho en esto. La semana anterior, todas las novias que sellarían su destino esa noche, se habían reunido para acordar, después de muchas vueltas, que los arreglos florales serían de gladiolos, ya que las rosas tan soñadas por Chelita, estaban fuera del alcance del presupuesto. Tímidamente sugirió a su novio agregar unos pequeños ramitos en los bancos, lo que Bruno objetó, argumentando que ese dinero era mejor gastarlo en los pasajes.

La noche de bodas la pasarían en el recién inaugurado Hotel Constitución. Chelita aceptó a regañadientes la decisión de su futuro esposo, quien le explicó las bonanzas de alojarse en un hotel cercano a la estación. Tomarían el desayuno y simplemente cruzarían la calle, evitando así gastos superfluos y por fin solos y felices, partirían en el tren de

las 10 horas para Mar del Plata.

Los días siguientes fueron muy movidos. Las compras se acrecentaban: los zapatos, las medias, la delicada elección del niveo camión para la noche de bodas y las chinelas...

40

—¿Para qué chinelas? —gritaba don José, que veía cómo se esfumaban de sus bolsillos, pesos y más pesos.

Quedaba por resolver si se invitaba o no a la tía Camila, viuda con tres hijos varones insoportables y maleducados, que comían como si hubiesen venido de la guerra, según decía don José. La familia de Bruno tenía 45 personas invitadas. Doña Raquel no quería ser menos, por lo tanto decidió invitar a la tía Camila con su prole.

Ambas consuegras habían tenido ya algunos roces: por la elección del mantel, el que trajo de Italia la abuela de Chela o el del casamiento de los padres de Bruno; por el regalo de bodas, ya que ambas familias habían elegido regalarles el juego de copas; por la invitación a doña Rosario, amiga de una y por siempre enemiga de la otra. Pero el detonante fue el color de sus vestidos, las dos lo querían azul. Imposible. Eso era un despropósito. Parecerían mellizas, aunque doña Raquel era alta y huesuda y doña Anita bajita y de buenas caderas. Eso sí, las dos tenían un carácter terco y decidido. Doña Anita adujo que ya había mandado bordar el escote con lentejuelas y mostacillas y no podía cambiar el modelo después de haber gastado tanto dinero. Las mostacillas y las lentejuelas se le atravesaron a doña Raquel en la garganta y se vio forzada al cambio. Decidió entonces vestirse de negro, para demostrar su disgusto. Su hija la obligó a lucir unas flores color fucsia en el pecho. La paciencia de doña Raquel tocó fondo cuando se enteró que doña Anita había comprado el sombrero en Gath & Chaves y ella, gracias al tacaño

de su marido, en lo de Ernestina, la sombrerera de la calle Catamarca.

Tres días antes de la boda, se llevó a cabo la unión civil. Fueron los testigos Fernando Bufanda, amigo y compinche de Bruno, y Egle Menconi, compañera de Chelita desde el jardín de infantes, hasta que se recibieron de maestras en el Instituto Bernasconi. El posterior almuerzo se realizó en lo de don José con la presencia de los dos amigos; los padres; los hermanos de los contrayentes; la abuela, dueña del mantel; y el nono del novio con su inseparable toscano. Solo los sobrinos de ambos bandos, que unían los dos frentes con sus travesuras, y los felices novios no se percataron de que la mesa separaba a las dos familias en Montes-cos y Capuletos, es decir, en Briano y Grecco.

Y llegó la ansiada noche. Se encendieron todas las luces de la iglesia. La marcha nupcial anunció la entrada de una Chelita temblorosa de emoción, acompañada de un padre que lucía ufano y orgulloso. En el altar, la esperaban Bruno y los demás padrinos. Desde allí, el padre Ronaldo, su confesor, le sonreía plácidamente. Se realizó, por fin, la soñada ceremonia: las palabras del cura, el intercambio de anillos, la bendición y, como en una de esas románticas películas de Hollywood, el novio levantó el velo y besó suavemente a la novia en los labios.

Wagner estalló en el órgano de la Iglesia, los novios se volvieron hacia los presentes y la modista solícita acomodó la gran cola del vestido. Recién entonces, Chelita vio a sus parientes en los bancos de la derecha y a todas las amigas en los bancos de la izquierda. Se sintió una reina. Una reina casada.

Los novios y los invitados partieron hacia la casa de los padres de Bruno. Primero, fueron los saludos y felicitaciones; luego, el brindis; después, los saladitos, los sándwiches, las masitas y la sidra fresca y burbujeante.

Salieron al patio. El primo Héctor era el encargado de poner los discos en la victrola. Don José enlazó la cintura de su hija y con pasos ágiles inició el primer vals. Luego de algunos giros, Bruno, con un lacónico “permiso”, la apartó del padre y abrazándola con varonil prestancia, reanudó el baile. Al iniciarse el segundo vals, jóvenes y viejos decidieron también ellos sacarle lustre a las baldosas. No faltaron pasodobles, fox-trots, tangos, milongas y alguna ranchera a pedido expreso del tío Benito, hermano menor de doña Raquel y hombre del 2 x 4 en las noches de Arroyito, allá en su Rosario natal. Llegaron por fin los boleros. Los mayores se retiraron prontamente al interior de la casa para seguir gozando de los placeres de la mesa. Recién entonces, los muchachos y las chicas pudieron aprovechar un momento de pleno acercamiento, un momento en que los envolvería la música romántica, en el que seguramente se gestarían simpatías y futuros noviazgos. Todo esto observado y bendecido, con la mayor discreción, por las madres de las niñas casaderas.

Llegó el momento de las fotos. La novia con todas sus amigas; con los amigos y parientes del novio. Bruno con sus amigos y primos; con las solteras, que no perdieron oportunidad de tocarle la rodilla. Los novios con los sobrinitos, con los primos y tíos, con los abuelos, con los padres, con toda la familia. El fotógrafo estaba acomodando a la parentela. En la fila de atrás, los tíos, tías y primos. Los abuelos, los hermanos y cuñados, unos a la derecha y los otros a la izquierda. Los padrinos de este lado, la madre de la novia aquí, la del novio allá y.... nunca se supo cómo, pero ante la mirada atónita de todos los presentes se desarrollaba en el suelo una contienda descomunal. Acometidas por la furia contenida, las dos madrinas rodaban por el piso, fatalmente abrazadas en un remolino de brazos y piernas y en un espectacular desorden de azules y negros, de canutillos, mostacillas y flores de seda de sombreros, plumas y permanentes. Quisieron separarlas, pero las dos mujeres seguían con

su frenética trifulca. Don José, hombre de decisiones rápidas, se acercó a la mesa, tomó sendas jarras de naranjada y con paso seguro volvió al campo de batalla. Sin decir palabra, vació el pegajoso líquido sobre las testas de las contrincantes.

Los novios, sin cortar la torta, partieron para el hotel de Constitución.

El domingo siguiente, al regreso de la pareja, las dos familias se reunieron para darles la bienvenida en la casa de don José. El ágape se inició en el patio, bajo la parra. Sirvieron aceitunas, mozzarella, caciocavallo y salamines picado fino y grueso. Sin faltar las berenjenas en escabeche (especialidad de la abuela), buen pan fresco, vermouth y fernet. Esta vez, el padre de Chelita compró Bidú para los chicos. Luego, ya sentados alrededor de la mesa, saborearon con entusiasmo los ravioles caseros amasados por doña Anita (secreta receta transmitida de madres a hijas), servidos con tuco y un auténtico Parmesano. Y por fin, el esperado postre favorito de los Briano: Vainillas rociadas con buen oport, abundante crema pastelera entre capa y capa y cúspide de filigranas de caramelo, preparado con particular esmero por doña Raquel. Servido en la gran sopera, orgullo de la familia y nostalgias de altri tempi, traída desde la lejana Italia por doña Marietta, la bisabuela.

Así, los Briano y los Grecco, con ayuda de unos buenos chianti y unos deliciosos espumantes, predilectos de las mujeres, sellaron para siempre una paz perdurable.

¿O no...?

**Alicia Beatriz Domínguez**  
alicebeba27@yahoo.com.ar



## Aguafuertes del siglo XXI (crónica subterránea)

El tren cruza la obscuridad a la velocidad de la rutina. No sólo es el paisaje en el interior del coche, también el conductor, con la mirada fija en los rieles de acero, trata de escapar hacia la risa y anuncia entre insólito y severo: “¡Próxima estación pueyrredón combinación con línea hache chée chéeee chéeeeeee chéeeeeeee!”; como si frenara somnoliento la vida, ralentizando el eco entre tinieblas, meandros y lagunas, aún pendientes de la noche.

Mientras tanto, la urbe transpira la soberbia del día y las mochilas festejan asombradas la presencia del humor en medio del tumulto y el drenaje de las estaciones. Ese tiempo congelado entre el origen y el misterio, podría dar lugar a pensamientos vagos y obsesiones diversas, un tiempo perdido entre imágenes superfluas en posición fetal, a los costados de la vida, que sueñan todavía con el tributo a Saturno, acunados por las migajas del deseo, devorados por la droga, la indiferencia o el desprecio.

Son las ensoñaciones en las vastas planicies donde se organiza la mañana, que siempre serán interrumpidas por lo inesperado, un llamado anónimo, un nuevo programa de juegos con ring tones para ser aplicados en la inflamación de la conciencia y el quiebre del orden cotidiano con el mp3 de la inocencia ante el destino del hombre en las grandes ciudades.

En esa marcha cotidiana “ávida de turba y ajeteo”, la vida es una anécdota. Refractaria a las sanas costumbres, a las virtudes teológicas y a los hombres de buena voluntad, no deja de ser una metá-

fora del descenso a la ciudad doliente del Dante, con alguna concepción al breve diálogo cordial con un semejante. O un rápido, sincero y amoroso pedido de mano a la mujer ignota, que nunca más verás caminar a tu lado, en medio de la velocidad del paisaje de concreto, escaleras y puentes que se elevan entre ornamentos del pasado, los comics barrocos del presente, las pinturas abstractas y los grafitis de extraños ideogramas que circulan a nuestro alrededor. Con el apuro de llegar... ¿Adónde...?

Dejándonos llevar por la red infinita de danzas alocadas cuando alguien rompe el frágil equilibrio y se cruza, con audaz arrogancia, provocando detenciones bruscas, golpes a la memoria, incertidumbres momentáneas y ese calor del andén al borde del abismo. Y en los pasajes ocultos, que como una aventura en el espacio sideral, es la ficción de otro destino, pero esta vez en la galaxia nocturna del asfalto, donde todos podemos ser Maeterlinck en el conocimiento de las hormigas. ¡Justo en ese panal de la zozobra, cuando con urgencia, se arreglan los negocios y los encuentros en el páramo austral de las citas amorosas!

O en las horas felices de “nuestro fin de semana”, compartiendo las mesas infieles del chori con celular y la Tablet con dulce de leche, que desaparecen con fervor entre las fauces de la cultura popular y el deporte argentino de los gritos, las risas y los insultos, que circulan de la defensa al ataque o hacia los laterales del silencio, sin biblias, sin calefones, pero todos unidos tras el triunfo del centro forward que murió al amanecer.

Tabletas y celulares..., objetos del nuevo culto que brillan en las manos paganas y reverberan entre las bromas virtuales y las risas del mundo, como la voz del conductor que anuncia el próximo des-

tino, para volver a partir hacia paradas mudas, no se sabe si por la costumbre o el hastío o quizá por ambos a la vez.

A veces, invisible a esa trama, el sol del mediodía fulgura, desde un rosado pubis angelical que aguarda todas las estaciones, no solo la mentira, la pasión, el olvido. Y también, el regreso brumoso del pasado, de antiguas marchas revolucionarias y canciones de amor y libertad, del recuerdo de la payasa Lula de pechos oferentes, que me hablaba del “club”, de la “fede”, de aldeas arrasadas en Vietnam ... y del joven amigo perdido en otra historia, marcial y obscuro de tantos ideales nacionalistas..., de la “capital del dolor” cuando Eva partió, delgada y transparente como una muñeca china de porcelana, entre el llanto de mi madre y el bombero angustiado de estaño y hojalata... del gorjeo de Vargas, iporteñito mano blanca!..., que parafraseaba mi padre como un mirlo..., del silbido de las balas con besos imposibles que cruzaron la pantalla del Aiglon Palace, el inolvidable cine Perla que se esfumó en el tiempo, entre la conquista del viejo oeste americano, los policiales de suspenso..., y el pataleo frenético en el suelo cuando se cortaba la película..., de aquella niña de pecas y mocasines blancos, que a los nueve o diez años, hizo latir mi corazón y conocer la tristeza de no verla más..., de soliloquios del alma..., de dioses y adioses..., y del dulce perfume de glicinas, que alfombraban de otoño el patio de la infancia...

Junto al consumo indiscriminado de esas horas para arribar a nuevas paradas, heridos por el río obscuro y violento de sus rieles, los ojos se cruzan con el “sal si puedes” de vagones que se estiran perezosos desde sus terminales... Y desde el fondo, apenas iluminado por esa vaga esperanza del pronto retorno a casa, regresan de nuevo los trenes a repatriarnos en cantidades de sudor y fastidio, a cada uno

en su propia estación, en su propio martirio, ese arrabal oculto del silencio que traiciona la belleza del alma y el amor por la sabiduría...

Con algo de hipertensión tal vez, un poco nada más de esa presión social, que, como el león domesticado de la Metro, anuncia su próximo rugido, aunque después termina la película, cada cual abandona su tedio y sale como puede a la luz de un nuevo paradigma.

Algunos cómodamente, por rampas y escaleras mecánicas, otros, impacientes, los que no aguantan sus recuerdos, lanzados al mañana o la tarde o la noche, según su educación, su vocación o su destino y el resto, con esfuerzo, con algo de templanza también, escalón por escalón, barruntando infortunios y fracasos, clamando para sí reparaciones y justicia... ¡Desencuentros que es mejor olvidar!, ¿Viste?... Porque primero hay que pensar en los vivos... Y dejar que los muertos entierren a sus muertos.

**Acquista Roberto Arturo**  
racquista@yahoo.com.ar



## Érase una vez... allá, por el 50 y pico...

Allí, donde la Avenida Gral. Paz pasaba por debajo de un puente, para mí altísimo, el de la Avenida Gral. San Martín, nos parábamos con mis padres las noches de verano, acodados en la baranda de contención. Supongo que, en esos momentos, ellos tejerían sus sueños y charlas de joven pareja. Yo recuerdo muy bien mi entretenimiento, que consistía en contar los pocos autos que por abajo circulaban. Volvíamos caminando hacia nuestra casa por la Av. San Martín y, en Emilio Lamarca, doblábamos. Vivíamos a mitad de cuadra, al lado de la casa de mis abuelos paternos.

Los vecinos con sus sillas, acomodados en la vereda, tomaban “la fresca” y saludaban a mis padres, mientras yo corría para encontrarme con mis amiguitos de la cuadra. Era fabuloso que mis padres sacaran también sus sillas y se quedaran charlando, porque así los chicos podíamos jugar. Nos peleábamos por elegir con cuál de los juegos empezábamos: ¿el patrón de la vereda? ¿El pisapisuela? ¿La escondida? ¿La mancha venenosa? ¿La mancha sin pido y sin casa? ¿El Martín pescador? ¿La esquinita?

A la rayuela siempre la dejábamos para el día, porque a la noche se dificultaba mucho ver las líneas dibujadas con tiza. Las veredas estaban oscuras; el farol de la cuadra, de luz mortecina y semiescondido entre las copas de los añejos plátanos, apenas iluminaba. Se nos pasaba el tiempo volando, hasta que....:

–¡Bueno!... ¡Vamos...adentro, que es tarde...mañana siguen!... –  
la voz de mi papá, así me lo ordenaba.

De día, con mi vecinita y mejor amiga Mary, jugábamos en el fondo de mi casa bajo la parra o juntábamos mariposas en la quinta del fondo de la casa de mis abuelos. Teníamos mucho cuidado de no lastimarlas, esperando que se posaran en alguna flor. Con nuestros dedos, las sujetábamos despacito cuando unían sus alas y, luego de mirarlas con mucha atención, las apoyábamos en nuestras manitas para permitirles que volvieran a volar.

Nos enojábamos con nuestros amiguitos del barrio porque ellos las cazaban al vuelo a varazos, por el solo hecho de ponerlas en frascos vivas o muertas. Corrían gritando como los indios, por la calle Griveo, que era de tierra y estaba bordeada de zanjas llenas de flores; por eso, las juntaban a montones. Rojas, blancas y amarillas.

Mi papá, como mis tíos y abuelo, era lechero. Ellos eran “Los Baldi” y repartían la leche, que de madrugada iban a buscarla a la estación del San Martín, con sus camioncitos por el barrio de Villa Devoto. El tren lechero llegaba cargado de todos los productos de las quintas, chacras y tambos desde Pilar hasta la Capital. La leche llegaba en grandes tarros de 50 litros. Aun hoy, conservo uno de 20 litros con las iniciales de mi papá en bronce, MB (Mauro Baldi), estampadas en su tapa y una medida graduada con la que vendían a sus clientes aquella leche ordeñada en el día, fresca, sabrosa y gorda. Tan gorda era que la poca que sobraba, al final del día, mi papá la mezclaba con sal gruesa y la agitaba con sus brazos dentro de un tarro de 5 litros. La agitaba mucho, mucho, mucho... hasta transformarla en manteca salada, ¡exquisita!

Tenía un piletón enorme, donde cuando terminaba el trabajo diario, lavaba con un cepillo los tarros que servirían luego para continuar el mismo ciclo. Debíamos haber estado muy fuertes, ¿no? Por-

que no recuerdo que nadie se haya enfermado. Como siempre, y muy a nuestro pesar, se terminaban pronto las vacaciones y nuevamente empezaban las clases... ¡A la escuela!

El primer día y todos los días de clase, mi mamá me llevaba a “la Delfín Gallo”, Escuela N°1 de niñas del aquel entonces DE 16. El colegio era mantenido por el Estado y por la Asociación Cooperadora, formada por los padres de las niñas que allí concurríamos. Con mamá, pasábamos a buscar a algunas compañeritas que vivían por nuestro recorrido hasta llegar a Fernández de Enciso y San Nicolás, que era el sitio de llegada y lo sigue siendo.

Recuerdo mi delantal siempre almidonado, tanto así que las puntas de las tablas me pinchaban las piernas en el invierno. Toda de blanco, con zapatitos Guillermina, soquetes y mi largo pelo recogido en un rodete ajustado con un gran moño.

¡Qué lujo la enseñanza! Teníamos clase de dibujo y pintura, de costura y bordado, de canto, de ciencias naturales con animales embalsamados y todo. Hasta un esqueleto para anatomía.

En Invierno, era un clásico que la portera de la escuela nos trajera, en unas mesas rodantes enormes, tazones de mate cocido humeante y pancitos calentitos para cada una.

A la “Delfín Gallo” venían niñas de todos los barrios, hasta de localidades cercanas de la Provincia (Tropezón, Caseros, Santos, Lugares, Saenz Peña, Villa Lynch). ¡Cómo amé ese colegio!

A la salida, a veces, regresábamos a casa por Avenida San Martín y Avenida Mosconi. Me encantaba ver al policía subido a una garita en el medio de ese cruce dirigiendo el tránsito que en ese en-

tonces parecía muy intenso. ¡Pasó tanto tiempo!

Empecé a escribir y ahora debo concluir, aunque tengo los sentidos llenos de imágenes, olores, sonidos, voces y tantos recuerdos de gente y momentos preciosos muy atesorados en mi corazón que quisiera continuar y compartirles todos y cada uno de ellos.

---

51

Hoy, cruzar las avenidas se nos hace simple, ayudados por semáforos y sendas peatonales. Los colectivos circulan rápido por los llamados carriles del “Metrobus”, los túneles bajo vías facilitan la circulación de los móviles. Ya no más calles de tierra, ni zanjones llenos de flores y mariposas, no más fogatas de San Pedro y San Pablo, no más juegos en las veredas.

Ni mejor, ni peor... distinto. Hermosa nuestra ciudad... ¡Aqué-lla!... ¡Esta!... ¿Lo será la que vendrá?... Estimo que sí.

Sólo le pido a Dios...

**Cristina Ángela Baldi**  
cristinabaldi@yahoo.com



## La caída del sátrapa

¿Acaso será verdad que la borra de café puede adivinar el futuro? ¿Cómo podía predecir lo del gordo Ernesto? Porque mirá que le dijeron todo lo que iba a pasar cuando le leyeron los restos del café en la taza. ¡No se puede creer!

Pensar que, hasta hace poco, el gordo se sentaba en la mesa del fondo en el bar, apoyando un brazo en el respaldo de la silla de al lado y mirando a todo el mundo con la barbilla levantada, medio de costado, como indicando con gesto altivo que todos debían bajar la mirada ante él.

En el barrio sabíamos que con el puesto que ocupaba podía mover “influencias” para bien o para mal de cualquiera. Aunque nunca estuvo muy claro cuál era ese puesto. Que podía conseguirte un laburo o una vivienda o dejarte en la peor de las miserias, mendigando por un pedazo de pan en la calle. Solíamos decir: “Vive como un sátrapa”. No cobraba impuestos, pero recaudaba lo suyo.

En el bar, tenía aseguradas las medialunas y el café gratis, los sándwiches de milanesa con tomate y el Fernet y... lo que fuera, claro. Lo mismo pasaba en la carnicería, la verdulería, en la mueblería de don Jaime. En el barrio, cumplíamos con los compromisos.

Esa mesa del bar era su oficina. Y desde allí, sin mirar siquiera, alzaba su mano y con un gesto indicaba al mozo que debía acercarse. Cuando lo tenía al lado le soltaba:

—¡A ver, vos, a ver si aprendiste y sabés traerme esta vez un

café decente! Bien tirado, ¿eh? ¡No esa porquería que acostumbras!

Y cuando el pobre hombre, sin chistar, se iba a cumplir con el pedido, lo frenaba alzando la voz:

–¡No te dije que te fueras todavía! ¡Vení para acá!... Haceme un tostado como la gente, que esté bien de queso. ¡Ojo con eso, eh! ¡Ponele bastante queso! Y que no se te vaya a quemar, ¿entendiste? ... ¡Andá nomás! ... Ahora, sí te podés ir.

No se escuchaba ni siquiera un respiro mientras tanto...

–Bueno, ¿qué pasa carajo? ¡Tanto silencio! ¿Qué es esto? ¿Un velorio? ¡Entonces, lo cerramos como bar y pongo algo que sea útil de verdad!

Así, empezábamos a hablar de nuevo, el murmullo iba creciendo, se escuchaba otra vez la radio. Después de todo, esto era un bar.

–Don Ernesto –venía uno–, necesito la habilitación para poder poner un negocio de lotería y quiniela y no me está resultando fácil, ¿vio? Siempre las habilitaciones fueron un problema, te piden tantas cosas.

–Don Ernesto – caía otro–, ¿me puede dar una manito para entrar a trabajar en la Aduana? Usted sabe que no pude terminar la carrera de Despachante, pero por ahí, pensé, don Ernesto igual puede.

No importaba qué era lo que se necesitaba exactamente. Sólo había que saber pedirselo. Él escuchaba y nunca se comprometía a nada. Lo peor era que cuando le hacíamos algún pedido no contestaba en el momento. Ya partir de ahí uno se quedaba cortando clavos, sin saber si lo concedería o no, ni qué nos iba a pedir a cambio.

Podían pasar días o semanas hasta que llegaba el día en que traía la respuesta y ahí soltábamos la respiración, la ansiedad y la angustia contenidas. Ya después dependía de cuál fuera la respuesta para ir a festejar o a lamentarnos. Pero igual siempre había que agradecerle, ¡cuidado!

Fueron años restregando en la cara de todos que él... él podía. Pero don Ernesto no se fue encumbrando solo gracias al famoso "puesto" que ocupaba. Después comprendí que todos nosotros habíamos colaborado para ir construyendo el lugar en el que estaba.

La primera fue doña Luisa, la de la fiambrería. A su hija no le iban a dar más tratamiento en el hospital porque ya había cumplido con las sesiones que le correspondían. Pero lo necesitaba. Y ahí estuvo don Ernesto, que consiguió que se lo extendieran sin límite. Agradecida de por vida, ella le prometió.

Después vino don Francisco Funes, que, cuando buscaba cómo conseguir el permiso para construir un boliche bailable, en el terreno que tenía entre la escuela y la Iglesia, se le ocurrió ir a hablar con él a ver si podía hacer algo. ¡Y pucha que lo hizo! Hoy está el boliche funcionando a todo trapo. Y a cambio tuvo que darle...

Y cuando vimos que en el kiosco de la esquina se juntaban los más chicos a tomar cerveza, a pesar de que eso estaba prohibido, todos supimos que ahí había estado la mano de don Ernesto. Pero algún problema habrá habido entre él y el kiosquero, tal vez no se lo retribuyó lo suficiente o vaya a saber qué. Porque el kiosco, al tiempo, se lo cerraron.

Y así, movidos por la necesidad, le rogábamos que intercediera. En muchas ocasiones, la ambición, el interés por conseguir algo muy de-

seado, sabiendo que con sus influencias lo lograría, nos convertía en sus vasallos más serviles. Y el miedo a que nos tuviera entre ojos, si no le concedíamos lo que él a su vez quería, nos llevaba a someternos.

Lo ayudamos a descubrir el poder y se lo fuimos entregando. Con nuestras debilidades, con nuestras miserias, negociando cada vez, concediéndole nuestra sumisión, aceptando su maltrato, sus condiciones y sus ofensas, a cambio de que nos diera lo que queríamos. Pero un día, don Ernesto no apareció por el bar. Pasaron semanas sin que se lo viera por ninguna parte. Hasta que una tarde volvió. Irreconocible. La cabeza gacha, arrastrando los pies, los hombros caídos hacia adelante, como si el cuerpo le pesara al caminar, como si sostenerlo fuera un gran esfuerzo. Y su mirada errante, perdida, iba esquivando la nuestra.

Cuando entró se acercó dubitativo a su lugar. Parecía no estar seguro de si debía sentarse allí o no. Pero lo hizo, sólo que no en la silla de costumbre, sino en una de las del costado de la mesa, una de las que usaban los que iban a pedir sus favores. Apoyando ambos brazos sobre la tapa de madera gastada, mantuvo la cabeza baja. No era el mismo don Ernesto, seguro que no. Y cuando el mozo se acercó a preguntar qué le servía le pidió: “Un vaso de agua...”. Todos lo mirábamos en silencio. Finalmente, levantó la cabeza y sólo dijo dos palabras, casi en un murmullo:

–Me echaron.

¡Guau! ¡Lo habían echado! ¡A él! ¡A don Ernesto! ¡Lo habían arrojado de la cima en la que había estado por años! ¡Increíble! ¿Y ahora? ¿Qué había que decirle? ¿Qué se le podía decir al que nunca había sido un compañero, un amigo, al que nunca había sido un par

tuyo? Acaso: “No te hagas problema, ya se va a solucionar” o “ya te va a salir algo”. No, no a él. No a él. Porque además, tampoco sé si alguno tenía ganas de consolarlo o de darle ánimos. Más bien iba creciendo un sentimiento generalizado de satisfacción contenida, mientras empezábamos a erguirnos, a levantar la cabeza y a mirarlo un poco desde arriba, igualito a como solía mirar él a todos. Era algo así como un: “Mirá, vos.”

Lo que iba creciendo era esa sensación de revancha, de aprovechar que ahora estaba sin el respaldo que lo hacía fuerte para darle... y darle... y darle... Por todas las veces que para concedernos algo, nos lo había hecho pagar con la propia humillación. Por haber sacado a relucir nuestras debilidades y exponerlas frente a todos, para lograr que nos inclináramos ante él y conseguir lo que queríamos. Por todas las veces que nos había hecho sufrir a cada uno con su desprecio.

Ahora teníamos la oportunidad de reírnos de él, de humillarlo, de mirarlo nosotros con la barbilla levantada y obligarlo así a bajar su mirada. Ahora teníamos la oportunidad de mostrar que, en realidad, él nunca había sido otra cosa más que la representación, el espejo de cada uno de nosotros, de nuestras bajezas. O, tal vez, ahora teníamos la oportunidad de mostrar, en cambio, nuestra grandeza. Y esto... no lo decía la borra de café.

**Silvia Beatriz Scheinkman**  
mueblesblow@hotmail.com



## Rehabilitando almas

Uno se boicotea así mismo, cuando intenta una acción cualquiera sea su índole, más aún cuando la acción es directamente a niños, y en mi caso, a los niños internados en el Hospital Ricardo Gutiérrez.

Cuando me inscribí como voluntaria para leer a estos locos bajitos, en diez vidas podría llegar a imaginarme el efecto sanador que generaría en mí. Cuando comencé un día jueves, yendo hacia el hospital, lentamente mi tráquea comenzó, primero, a secarse y, luego, a cerrarse. Mis pensamientos de dudas sobre si “¿llegaré a ellos?, ¿podré no conmocionarme cuando los vea en sus camitas, con sus bracitos con vías o algún tipo de vendaje, producto de alguna operación o tratamiento especial?”. Esos pensamientos accionaban en mis órganos y en mi razón; gracias a Dios, no pudieron ni secarme ni cerrar mis emociones. Así, pues, ese maravilloso jueves, luego de todas las directivas recibidas por parte de las coordinadoras, caminé hacia la sala de traumatología, morada con vencimiento de salida de estas personitas. En el preciso momento en que se abrieron las puertas de la sala; tuve la sensación de entrar a un lugar encantado; y esto tiene su eje cuando un niño se sonríe y clava su mirada en la tuya, se produce la más perfecta conexión: la del amor. Sin conocerse mutuamente, sin historias compartidas, nada, solo ese iamor!

Aquel día supe que había realizado la mejor elección de mi vida; y ahí desaparece todo vestigio de raciocinio. Los sentimientos salen despedidos de las entrañas y se atropellan unos con otros, ninguno quiere estar ausente: allí, solo faltaba que estuviese Lauti con

sus cataratas de ideas mágicas, fantásticas y esta Señora Cuenta Cuentos; todos en ese ir y venir de cuentos, dibujos, energía para regalar. El broche fue recrear algo de mi lejana infancia, pero no por lejana menos efectiva. Armé rudimentariamente un barquito de papel, parecido al que Serrat cita en una de sus bellas canciones, y, créase o no, necesité ayuda en su armado, ya que me quedé en el gorro de pintor. Para no olvidar que somos una unión de voluntades, allí estaba Analía, quien quedó feliz decorando el barquito de papel a nivel de un bergantín, de aquellos piratas de otras historias.

Al lado de Lauti, se encontraba Sebas, un dulce de leche de 7 años, pero con la voluntad férrea de un titán, que me sorprendió con su pedido. Su problema se aloja en su brazo izquierdo y su lateralización precisamente es la de zurdo, por lo cual estaba inhabilitado para hacer uso de su mano izquierda. Su pedido fue: “¡Yo quiero escribir del 1 al 100 con la mano derecha, yo sé que puedo!”. Ante un despliegue de potencial tan determinado, solo hice lo que debía hacer, sostener su hoja y su voluntad y esperar que escribiese los cien números que fue su primera meta. Después, en la vida, llegarán muchas más, su determinación ya lo perfiló para ser ¡Sebas, siempre!

En mi segundo jueves, me indicaron ir al primer piso, a la otra sala de traumatología. Cuando llegué tuve que esperar, ya que los maestros tienen prioridad de estar con los chicos. Ellos son quienes los escolarizan, ya que muchos de los nenes hace tiempo que se encuentran internados, por eso, es fundamental la tarea de ellos.

Pero..., Serena no pudo seguir prestando atención a la Seño, ni bien reconoció nuestro bolso de un color anaranjado tirando a mágico, en el cual llevamos chupetines de fantasías y muchos caramelos de dulce imaginación con formas de libros de cuentos. Así que tuve

que presentarme con urgencia ante el pedido de “vení, vení”. La Señora se retiró con una sonrisa y me dejó la posta para “llegar” a Serena, una nena con una energía increíble. Hay muchas palabras para decir y mucho para contar de su vida, por lo cual consideré que teníamos que hacer muchos dibujos, cortar goma eva y papel glasé, y así crear un lindo clima lúdico. Es a lo que voy: ¡a jugar! Su historia de vida ya la esperaba, ni bien su mami terminase los papeles del alta, después de un mes de internación. Cuando llegó el momento de irse, su angustia fue en aumento, porque tenía miedo del dolor que le podría causar el pase de la cama a la camilla. Al verla agitarse y sus ojitos llenarse de lágrimas, por instinto, conmoción u otra sensación que no importa su origen, llevé mi mano sobre su pecho y con movimientos circulares le dije: “Sere, todo va a estar bien, no te angusties, no te va a doler, porque tu Mami y yo te vamos a cuidar para que cuando te pasemos a la camilla, el dolor se asuste y se vaya”. Afortunadamente, el dolor se asustó y “se fue”, al menos en ese momento. Así que Sere, se retiró tranquila y me regaló un beso con ruido (los más lindos, los más sentidos), que guardé muy bien en un lugar secreto.

Me estaba yendo a buscar a otro “loco bajito” para leerle y una mamá muy jovencita, que estaba frente a la habitación de Sere, se acerca y me dice: “Porfi, ¿podés venir a leerle a mi hija?”. Dije un “sí” tan fuerte, que me dio un poco de vergüenza al escucharme. Cuando ingresé a la habitación, se encontraba un maestro con Mariela, por lo cual me retiré y expliqué a su mami Carolina las directivas que debía cumplir: mientras estuviese el maestro, yo no podía estar allí. Ella dulcemente me decía:

–Entrá igual, yo quiero que le leas a mi nena.

–Quedate retranqui. Yo no me voy a ningún lado hasta que no

le lea a Mariela. Solo voy a la sala grande para arreglar los cuentos y los materiales didácticos. Ni bien se vaya el maestro, voy a la habitación a leerle a tu nena –le contesté a la joven mamá, que, a mis ojos, eran hermanas. Y así fue, cuando el maestro se retiró, pude ingresar a la habitación para hacer lo que tanto me gusta.

En esa habitación, tan bien cotizada, me esperaba otro momento de gran ternura. En su camita, operada hacía 24 horas de la columna, estaba un sol, cálido, brillante y muy templado llamado Mariela. Con solo un día de operada no se quejaba, no le dolía nada, solo miraba, con unos ojos tan sorprendidos como curiosos, las manos de una abuela que cambiaba suavemente, despacito y con una bondad solo de abuelas el pañal de este solcito. Los abuelos la saludaron y se fueron. Cuando pasaron cerca de mí, la abuela me agradeció por lo que hacíamos y me abrazó fuertemente (mis piernas intentaron aflojarse, pero imaginariamente tiré de un hilo grueso que me mantuvo erguida). Luego, el beso del abuelo y un hasta pronto.

Ahora era el momento de los cuentos y las sonrisas. No había lugar para nada más, ino, no, no! Conté un par de cuentos, uno de hadas, que deja una enseñanza: “Cuando uno ayuda al otro, el otro devolverá lo mismo, su ayuda”. Después le tocó el turno a uno dedicado a la granja. Este contaba la alegría que tenían los pollitos, que algunos eran hermanos y otros amigos de corral. Eran tan amigos y cancheros que aprendieron a tocar instrumentos y a cantar. Gracias a eso, armaron un baile en el corral, pidiendo permiso a sus papis, como corresponde. Así que en este cuento, tuve que realizar varias veces un paso de baile, que Mariela festejaba y me recordaba cuando me equivocaba el paso que seguía. Tan tranquila, tan sin quejas, con una carita perfecta, unas pestañas tan arqueadas que acariciaban el

alma, con un solo movimiento de ellas.

Se llegó al final de los cuentos y de mi permanencia en la habitación tan cotizada. Me despedí de lejos de Mariela, soplando besos de mi palma y un gesto de entrega de mi corazón. Carolina dos veces me dio un beso y me agradeció, pero antes de cerrar la puerta ni ella ni yo, pudimos evitar acercarnos y abrazarnos tan fuerte, que sentí que abrazaba a la hija que no tengo y le dije que todo iba a estar bien y que muy rápido iban a volver a casa. Y se me escapó un: “¡Chau, querida!”. Salí de la salita con plena de felicidad y fui a buscar a mis compañeras para guardar todo e irnos con una brisa diferente.

Llegamos al tercer jueves. Mi destino junto a un par de compañeras era el siguiente: primera parada, sala de trauma de planta baja y, segunda parada de las cuenta cuentos, sala de primer piso; así que stop. En planta baja, al acecho de personitas tiernitas y comestibles, me encontré con Fabrizio. Si bien estaba sonriente, se encontraba muy inquieto ante mi sonrisa y expresión un poquitín bufa. Me llevó solo dos intentos de “¿Tenés ganas de que te cuente un cuento?”. Dudó un poco, pero solo de pícaro, así que comprendí que ya estábamos en camino. Comencé con uno de la granja, de la cual Fabri conocía todos los animalitos y muchas de las tareas del campo. Debo aclarar que Fabri no tenía más de cinco añitos y pudo reconocer todos los oficios, que se representaban en otro cuento. Además, posee una capacidad para asociar un sonido, el cual yo le explicaba que lo emitía algún camión de gran porte, alguna ambulancia, o una moto. Luego de que Fabri le pidiese a su papá una galletita, tuve la satisfacción de narrarle el cuento de dos amiguitos. Esa ansiedad primera fue disipándose lentamente, se tranquilizó. Y esos dos luceros de color negro fulgurante, acompañados por unas pestañas muy largas y pro-

fusas, me hicieron dar un giro al cuento y acortar su final, porque me daba cuenta de que sus persianitas empezaban a pesarles y en vano intentó mantenerlas abiertas. Entonces, las hojas del cuento lentamente comenzaron a cerrarse también para acompañar en su sueño a Fabri. Tanto las hojas como el pequeño se entregaron a un descanso reparador. Las hojas, ya acomodadas y calentitas como Fabri, me dijeron, “¿Nos llevás a nuestra bolsa anaranjada tirando a mágica?”. Me despedí de Fabri, el no se enteró o quizás, en esas cosas inexplicable que tiene la vida de los niños, se despidió dormido. Le dejé un pequeño regalo, una pelota color celeste, del tipo anti-estrés, que para ellos es hacer masa. Esa inocencia infantil siempre conmueve, porque no están contaminados de un mundo tan individualista.

Llegó nuestra última parada de ese día en la sala del primer piso. Tuve como mi anfitriona a Cinthia, una niña ciega, a la cual hace tiempo que tienen que operar y por algún motivo, que no es de mi incumbencia, tarda en llegar la operación. Noté que ella estaba muy ansiosa y muy asustada por la intervención quirúrgica, ya que no le gusta la anestesia (la entiendo perfectamente, mi miedo es absoluto). Por ello, para tranquilizarla, inventé que luego de leerle algunos cuentos, iba hablar con la persona que le colocaría la anestesia cuando llegase el día. Entonces, le susurré al oído que le iba a contar un cuento de hadas de los sueños, porque, al ser mágicas, ellas la harían dormir tranquila y la harían despertar aún más calma.

Tomé un libro de mi bolso. Su sintaxis estaba conformada por una serie de imágenes. Eso hizo que agudizase mi ingenio para contar ese cuento, ya que yo no tenía conocimiento sobre si su ceguera era de nacimiento o traumática o tenía otro origen. Como no iba a preguntar sobre ello, me convencí de que con algún recurso nos en-

tenderíamos de maravilla, y no me equivoqué. Al transcurrir el cuento, tuve que establecer referentes. Primero, tantear los mismos para saber su conocimiento o no de ellos, por lo cual lo referencial eran sus propias sensaciones, por ejemplo, lo que siente cuando el agua corre por su cuerpo al bañarse. Eso me permitió contar que dos nenes tenían que atravesar un lago. Para este sustantivo, usé un parecido un poco precario, como que ellos, cruzaban el agua contenida en una fuente muy grande. Otro momento para destacar del cuento fue cuando tuve que referenciar que una señora viejita, llamada Antolina, caminaba con pasos muy cansados por las veredas. Ahí, hice dos intentos para que me comprendiese medianamente bien. Primero, le explique que las veredas son los pisos que ella pisa cuando sale a caminar con su mamá por las calles y que estos pisos tienen unos cuadrados, uno al lado del otro de igual medida, que se llaman baldosas. Y el otro, fue caminar con pasos marcados pero muy cansados y golpeando el piso a modo de bastón. Para mi alegría comprendió todo lo explicado, hasta el punto que con solo reproducir el paso cansino de la viejita, por ejemplo, Cinthia me decía con certeza que por la vereda venía Antolina.

Pasó el tiempo, ella se sintió mucho menos acelerada. Se descomprimió un poco y ya no hablaba de su miedo a la anestesia. Ahora su objeto de deseo es un par de títeres que le entregué en nombre del Hospital, el mismo que la va a cuidar y sanar. Y mi compañera Tere, que estaba leyendo a otra nena en la camita de al lado, interrumpió su lectura y le regaló a Cinthia una pelota del tipo anti-estrés para que cuando se sintiese ansiosa la apretase fuerte, así los nervios se pasarían mágicamente a la pelota. Con sorpresa, me preguntó: “¿Adriana, venís con los cuentos otra vez?”. Le dije la verdad, que yo vengo solo los días jueves y que, para el próximo, esperaba que ya no

estuviese aquí, sino ya de regreso en su querida Tucumán. De todas formas, le comenté que el día sábado venía otra compañera para contarle lindos cuentos e historias de ilusión. La besé muy fuerte en la frente y le agradecí por aceptarme. Me abracé con su mamá y me retiré con fe renovada y con una convicción absoluta, que la voluntad es el motor que nos mantiene alerta para no sucumbir ante la adversidad y que nuevos vientos nos empujan siempre a la lucha y a mejorar, no solo de las nanas, sino como personas. Nuevamente fui a buscar a mis compañeras de ruta y comenzamos el intercambio de historias de vidas de los nenes. Ese jueves, como parte de un cuento más, se comenzó con el intercambio de nuestras propias vidas. Creo que se llama efecto terapéutico, sino que alguien me corrija por favor.

Llegó mi cuarto jueves. En la estación sala de traumatología de planta baja, estaban los estimados Uriel y Emiliano, ejemplo perfecto de lo dinámica que es la vida. Uriel, con su brazo enyesado pero de muy buen ánimo, aguardaba a que su papá terminase con los trámites del alta para poder volver a su vida cotidiana. Solo espero que sea una buena vida, de afectos, contención y sonrisas en su corazón. En la cama de al lado, a la inversa de Uriel, se encontraba acostado, en su camita, Emiliano. Su mami estaba presentando los formularios de admisión de pacientes. Cuando me acerqué, ambos estaban en un diálogo de chicos, pero no muy fluido, así que comprendí que tenía que entrar en escena para romper el hielo o la paciencia de ellos...

Cuando les pregunté por separado, en verdad, ninguno quiso saber nada con que se le contaran cuentos. Así que comencé con una batería de morisquetas, gestos de que los cuentos eran chiquititos. Pero la perseverancia sin incomodar es un pequeño don que Dios nos otorga, cuando debemos luchar por robar un sí o, al menos, una

sonrisa; y él, que es sabio, me privilegió, otorgándome ambas facultades. Rápidamente, entonces, busqué en mi mágico bolso anaranjado. Por suerte, en mi bolso, encontré el mejor cuento, o mejor dicho, los dos mejores que podría haberles contado. Dos bellos ejemplares, móviles, de aquellos que cuando se abren se despliegan las figuras de tal forma como si tomaran movimientos por sí mismos, máxime cuando el contenido literario se refiere a la selva, donde hay un universo en variedad de animales, flores, plantas carnívoras, insectos indeseables, etc. Los dos cuentos fascinaron y sorprendieron a esos cuatro ojos que se atropellaban en contarse que ese o aquel animalito se los había mostrado un abuelo, algún tío o un primo. Ellos me daban muchos datos de ese universo animal y de plantas que conocían mucho más que yo. A esta altura de tanta verborragia zoológica, yo no existía, excepto para sostener el libro.

Llegó la hora de volver a casa para Uriel, ya estaba su alta firmada. Analía, mi compañera, me dio un mazo de cartas con animalitos para que se lo lleve como regalo de despedida. Saludé a Uriel con besos que soplé de la palma de mi mano y que ya es una linda costumbre que tomé.

Me quedé con Emiliano, su mamá aún no había regresado de tramitar la admisión. Noté en Emi un cambio, a partir de la ida de su compañero de nanas. Le dije si seguíamos con los cuentos. En principio, me dijo que no. Su carita denotaba cierta tristeza. Le pregunté si quería dibujar o jugar y optó por otro cuento. Retomé la lectura. Fue pasando el tiempo. Noté que prestaba atención, pero ese rictus de tristeza y su mirada constante hacia la puerta por la que había salido su mamá, connotaba las ansias por su retorno. Seguí con el cuento tranquilamente y se hizo la luz para Emi, llegó su mamá. El cuento ya

había terminado. El niño le pidió a su mamá que lo acompañase al baño, ella regresó enseguida, Emi un rato después. En esos instantes en que me quedé con ella, me contó sobre el diagnóstico de su hijo, el cual sin ser médica no me pareció simple, pero no ahondé, porque noté que lentamente la angustia se iba enredando con otras sensaciones y emociones. Así que le pedí, por favor, que le entregase a Emi un juguete, un robot articulado.

–No, esperalo y dáselo vos, por favor –me dijo la mamá.

–Mami, te lo dejo para que se lo entregues –insistí sutilmente. Debo reconocer que, entre esa tristeza disimulada de Emi y el diagnóstico, tuve un cimbronazo.).

Emi volvió, entonces, me acerqué y le di ese robot que medía alrededor de 15 o 16cm. No medía mucho, pero se volvió un gigante. Una expresión de alegría y agradecimiento se apoderó de Emi, que generó ternurita y más ternurita. Volví a soplar muchos besos de mi palma, que me miró sin dejar de sonreír y me despidió con un chau de manos sostenidas. Me retiré invocando a Dios y pidiendo con mucha fe que lo proteja.

En mi camino hacia la salida, una bombona de meses, me detuvo. Imposible no hacerlo ante Johanna, bebida, operada de las caderas. Tenía colocado un separador en sus piernitas, que estaban enyesadas. Con ella comencé a jugar con las manos y con chiches que tenía a su lado. Ella regalaba sonrisas como pétalos de flores. Se fueron lentamente acercando Analía y Tere. Las tres estábamos flechadas por esa bombona. Intentamos con Ana un pase de comedia de títeres y canciones de María Elena Walsh, mientras ella seguía regalándonos pétalos. Busqué en mi bolso y, porque es mágico, en-

contré un delfín, que hacía ruiditos al presionar su panza. Johanna lo tomó con toda la fuerza, como lo hacen los bebés a esa edad. Al escuchar el ruidito en la panza de su nuevo amigo, los pétalos y su mirada ahora solo eran para su amiguito el delfín. Las cuenta cuentos consideramos que ya no teníamos lugar en ese idilio, así que partimos para guardar y acomodar todo nuestro bagaje de energías renovadas, pétalos en nuestra imagen por lo vivido y siempre con el sabor dulce de otro día más de amor.

**Adriana Lomanto**  
noralomanto@yahoo.com.ar



## Los milagros... existen

Alberto es un porteño total, como tantos se queja de la humedad de Buenos Aires, pero está tan adaptado como un pez, si respira aire puro se intoxica; lo más cerca que acepta estar del aire libre es en la cancha viendo jugar a Chacarita. Le place estar entre la multitud.

Margarita disfruta cuando, al regresar a casa, se pone el jogging y sale a correr por el Parque Rivadavia. Los martes hace meditación con su grupo de yoga en el pastito. Es capaz de abstraerse totalmente del entorno y eso le hace sentir la libertad que necesita.

Cuando jóvenes, el amor fue el puente sobre sus diferencias. Ahora que han pasado ya muchos años, el silencio llena los espacios que deja el diálogo y lo que crece es el desgaste.

Margarita está vestida con un camisón muy simple, sentada en la cama abierta de su lado, sobre la derecha; se saca los aros; se acomoda el pelo; y deja el cepillo sobre la mesa de luz. Se prepara para dormir. Por la puerta abierta del baño, se ve a Beto (Alberto), está en pijama y se apresta a cepillarse los dientes.

–¡No queda pasta! –dice Beto

–Buscá bien... debe haber –responde secamente Margarita. Se mete en la cama y apaga la luz del velador.

Beto apaga la luz del baño, cierra la puerta, va a la cama, se acuesta y apaga la luz de su lado. Al lado del velador, en el radio-despertador, están iluminados los números dando la hora, 23:30.

Había un árbol, entre joven y adulto. Su corteza denotaba su edad, aunque el diámetro de su tronco no superaba el tamaño de una cintura humana. Era bajo, pudo haber sido un abeto, casi no tenía ramas. Terminaba en una horqueta a baja altura, que mostraba lo que alguna vez fueron sus ramas. Había querido el destino que estuviera en un lugar ahora muy solitario, no pasaba gente a su lado, tenía el aspecto de un hombre sin brazos con la cabeza gacha, sufriendo.

En primavera, aún brotaba. Su corazón seguía latiendo, pero sus tiernas varitas no alcanzaban a madurar y a hacerse fuertes. Era como esos paraísos de la estación de Villa Elisa, mutilados por algún mal podador, que se deforman llenándose de ramitas desproporcionadas, que no le devuelven su antiguo esplendor y tampoco alcanzan a hacer su tarea de producir el necesario alimento. Cada vez se debilitaba más, las inconsistentes ramitas no superaban los secos veranos y los inclementes inviernos.

Y volvía a intentarlo en la siguiente primavera, con brotes cada vez más débiles. Pero un día brotó una yema en el centro de la horqueta, algo así “como de macho”. Su presencia viril era como milagrosa, entre los tronchados restos, que hasta ahora semejaban los hombros caídos de un cuerpo vencido. Nació con tal fuerza, clamaba por vivir, merecía vivir y así fue. Superó la aridez desfalleciente del verano, el viento del otoño, las nieves del invierno y los aires vernaes lo encontraron erguido, fuerte, dispuesto a seguir creciendo, mostrando un “...¡Aquí estoy!”.

Muchas lunas alargaron su sombra. Ahora el abeto era un árbol añoso, en un paraje solitario. La brisa levantaba polvareda en la tierra seca, enturbiaba el aire y no ocurría... nada. De tanto en tanto, sobre los ocres del ocaso, una nubecita rubiecita, saludaba al sol y dibujaba

flores en el cielo, alegraba el infinito azul, hermoso... y monótono... de tanto en tanto.

Como golondrina de ocasión, el aliento cálido del apasionado verano unas veces hizo a la nubecita crecer, más... y más... La entonces enorme nube plateada se tornó plomiza, poderosa, enérgica, inmensa! ¡Maravilla de la naturaleza! Amenazaba con desplomarse sobre las ramas de aquel abeto que soportaba el embate de los vientos... resistía y... disfrutaba... ¡ahora sí se sentía poderoso!

Sus raíces fuertes, su tronco flexible y sus ramas, acariciando el cielo, batiendo el gris-intenso con el verde-azulado de sus infinitas manos. Extendía sus ramas como brazos, deseando recibir la deliciosa lluvia prometida, ya casi podía libar el imperioso licor del cielo. La noche oscura angustió la espera y a la mañana, la nube... ya no estaba. No era primavera y los fogosos vendavales... sólo pasan. ¡Esperará! Sabe que el agua milagrosa del cielo finalmente... ¡illegará!

Volvió a salir el sol, aunque para él, ya no brillaba tanto. A su alrededor, como a su amparo, algo estaba cambiando, su copa erigida en escala del vuelo de los pájaros sonaba a violín y algunas matas se arraigaban milagrosas manando el verde en la tierra menos lastimada.

Pero un día, todo cambió. Entre la gramilla nació una flor, una flor silvestre. La soledad, como la lucidez que aparece un instante antes de la muerte, se agigantó ahora... ¡ahora que ya no estaba solo!... y al milagro de ya no estar solo, le sucedió otro mayor:

¡el diálogo!

El árbol:

De pronto, estabas a mi lado

tierna, pequeña, indefensa  
bonita como luna  
etérea como el viento.

La flor:

Entreabrí como pestañas mis pétalos y te vi.  
Me impresionó tu fortaleza, me gustó;  
tu presencia me dio abrigo.

El árbol:

Sentí necesidad de protegerte.  
Te cubrí del viento,  
te ofrecí mi presencia en las noches frías,  
te inclinaste hacia mí, sentí tu ternura.

La flor:

Sentí que no estaba sola.  
Tus enormes brazos que todo lo soportan,  
tu torso fuerte, poderoso  
(me enamoré sin remedio).

El árbol:

Me mirabas, te veía.  
Estabas cerca de mí...  
¿qué más necesitaba ?

El dorado del alba comenzó a reflejarse en la pared de enfrente, se iluminó su blancura. Los números sobre el oscuro display del radio-despertador iniciaron su “danza de las siete” titilando y una balada ocupó el silencio, una melodía y una voz:

“... tengo también / un corazón / que se muere / por dar amor...

... por eso yo te quiero / tanto que no sé / cómo explicar...”

Alberto se despereza con entusiasmo, se levanta irenovado! tararea y prepara café, mientras se afeita. Sirve dos tazas, en una agrega dos cucharadas de azúcar, en la otra un chorrito de leche y edulcorante. Abre un paquete de galletas, coloca el mantelito verde en la bandeja de girasoles, regresa al dormitorio, se sienta sobre la cama, acaricia a Margarita que aún no se despierta, le da un beso suavcito en la sien, Margarita abre los ojos, lo mira, lo ve, le sonrío, él también sonrío.

Este día ha comenzado diferente, aunque la diferencia pueda parecer pequeña, en la línea de sus labios, en los labios de él, un arco hacia arriba ha reemplazado al arco hacia abajo de otros días y en los labios de ella, un beso ha florecido.

–Me gustó tomar el café juntos –dice ella.

–Es temprano, dormí otro ratito –dice él despidiéndose. Le da un beso, se levanta y va hacia la puerta. Ella sonrío.

–No, inol!, ya me levanto.

–Chau, amor.

–Chau, amor –y enseguida lo llama– Beto... amor...

Él, se detiene, dirige su mirada hacia ella en actitud de escucha.

–Que tengas un buen día.

–¡Gracias!... Vos también... amor.

“A los milagros, los hacemos posibles”

**Juan Osvaldo Costagli**  
juanosvaldoc@yahoo.com

## El Rosedal

Caminaban por el Rosedal en dirección al bosque de magnolias. Uno de los senderos de grava se bifurcó y entraron a la arboleda hablando de los argumentos que cada uno sostenía. De vez en vez, aparecían, en las ramas bajas, flores blancas y enormes, cuyo perfume parecía fomentar la actitud de los pájaros. Entre ellas, cardenales de penacho rojo, flirteaban emitiendo gorjeos desesperados. En el suelo, saltando entre las añosas raíces, pequeños gorriones picoteaban la tierra en la búsqueda de insectos.

Cruzaron la avenida eludiendo autos y ella preguntó:

–¿Hacia dónde vamos?

–Elegí el camino –ofreció Felipe.

–¿También el camino? Estás buscando que te elija y tengo la sensación que siempre estás en la búsqueda de una elección. Felipe se rió.

–Solo intento hacerte comprender. Ella se detuvo en espera de encarar uno de los caminos que se metían entre los arbustos.

–¿Querés que nos sentemos en algún banco del patio andaluz?

–preguntó Felipe, quien levantó el sombrero de felpa gris que colgaba de su mano y lo acomodó en dos maniobras.

–Podemos, pero te advierto que no dará resultado –respondió Amapola.

Caminaron.

–Creo que no analizaste bien mi propuesta. No te estoy intimando a que lo dejes, te estoy advirtiendo, simplemente, porque te amo.

La grava del camino salpicaba los zapatos con un polvo casi etéreo y los teñía de un rosado raro.

74

–Vos me estás diciendo cosas que ya sé: que juega, que toma alcohol y, también, que le gustan las mujeres.

–¿Entonces?

–Entonces, sucede que él prometió dejar todo eso cuando nos casemos. Entiendo que un hombre no debe tener, por respeto, relaciones sexuales con su novia. Pero como los hombres tienen otras necesidades que no rozan a las mujeres, es casi normal que lo haga con una prostituta. El amor va por otro lado.

El camino serpenteaba por senderos acotados, por rosales de diferentes colores. El brillo de las cerámicas del patio andaluz ya se vislumbraba. Felipe se quitó el sombrero.

–Entonces no entiendo la razón por la cual aceptaste pasear conmigo por el rosedal.

–Porque te tengo afecto.

–Yo pienso que hay algo más. No es la primera vez que paseamos por Palermo.

–Lo sé –contestó Amapola y se mordió el labio inferior–. Y me siento culpable. Mirá –agregó y mostró su mano izquierda–: este anillo me lo regaló él. A veces pienso que lo estoy traicionando.

Felipe se rió.

–No es más que un anillo. Cualquiera puede regalar un anillo. Un anillo no prueba nada. No es un gesto de sinceridad.

–¿Y qué clase de gesto es?

–De dominio. El busca una esposa obediente.

–Me ofendés.

–Te abro la cabeza.

–¿Querés decir que tengo la cabeza hundida bajo una montaña de prejuicios?

Felipe volvió a calzarse el sombrero.

–Los prejuicios se superan. Te digo que te tiene encandilada. Te digo que sé muchas cosas de él además de las que hablamos.

–No quiero saberlas.

–¿Lo ves? Estás encandilada.

Un seto de arbustos lateral al camino, indicaba que faltaban pocos metros para el patio andaluz.

–Me siento mal cuando hablás así –señaló Amapola, con cierto disgusto.

Bajaron los escalones. El patio estaba desierto.

–¿Está bien aquel? –dijo Felipe, señalando un banco–, ¿ese que está debajo de la glorieta?

–Me encanta el patio andaluz. Me recuerda a una canción –co-

mentó Amapola.

–Yo te lo hice conocer, hace meses. Él no te trae a estos lugares. Va a cenar a tu casa una vez por semana para conformar a tu padre. ¿Nos sentamos?

–Sí.

Lo hicieron sobre un banco de azulejos blancos y azules.

–Dame tu mano –dijo Felipe. Amapola estiró un brazo y Felipe le tomó la mano.

–No sé por qué dejo que tomes mi mano.

–¿Qué sentís?

–Que es una mano cálida.

–¿Puedo besarla? –preguntó Felipe tirando suavemente de los dedos. Amapola dudó.

–Si te gusta besar manos...

Felipe le beso el dorso de la mano.

–¡Encantador! –exclamó alguien desde el camino de acceso. Se volvieron. Felipe observó con atención. Luego, sonrió y dijo:

–Usted es Alfonsina Storni.

–¿Puedo tomar una fotografía repitiendo el gesto? –dijo Alfonsina. Felipe miró a Amapola.

–Me da vergüenza –contestó ella bajando la cabeza. Felipe le

tomó otra vez la mano.

–¿Tiene preparada la máquina? –preguntó él. Alfonsina levantó el cajoncito Kodak.

–No les hago perder más tiempo.

Felipe besó por segunda vez la mano. Alfonsina bajó el percutor.

–¿Qué hará con esta foto? –preguntó Amapola.

–La miraré de vez en cuando. ¿Puedo pedir otra?

–Sí –dijo Felipe.

–A ver; un beso delicado.

El cuerpo de Amapola sufrió un sobresalto.

–Usted está pensando en algo que no existe –dijo.

–Sí que existe. ¿Están preparados?

–¿Puedo? –Preguntó él y se quitó el sombrero.

Ella no contestó. Vio cómo la cara de Felipe se acercaba lentamente a la suya. Se produjo un fogonazo. Felipe abrió los ojos. La oscuridad era absoluta y lo envolvió un olor a flores viejas.

–Otra vez soñé que estaba vivo –se dijo y cerró nuevamente los ojos–. Debo traer a mi memoria el final de la historia, para saber si termina como corresponde luego de demostrar tantas veces mi cariño.

**Edmundo Kulino**  
kedmundo2375@gmail.com



## Mi calle

La calle en que vivo fue y es como una madre para mí. Su nombre es Cosquín y pertenece al barrio de Villa Lugano. Una niñez carente de cosas materiales, me encontró junto a los amigos en ese escenario de calle de tierra, de grietas naturales que se formaban cuando aún se encontraba desnuda de asfalto, ideando motivaciones para la aventura.

La profunda zanja por donde corría el agua que salía de los desagües de las casas, podía transformarse en un río, donde paseaban nuestros barquitos de papel o cualquier otra cosa que imaginábamos.

Cada tarde salíamos a jugar en nuestra calle, la vivíamos, la disfrutábamos, hasta que las voces de las madres nos llamaban a tomar la leche. Cabe mencionar que en esa época, había muy pocos coches circulando y, para completar, en la esquina, había una laguna. Nunca supe de dónde provenía su origen, solo sé que era muy profunda o por lo menos a mí me lo parecía, dada mi pequeñez.

A veces, esa laguna se transformaba en un gran espectáculo bastante siniestro al que acudían los vecinos, para ver como algunos intentaban pasar a caballo, sin prever si era posible y esos animales terminaban ahogándose.

Con el tiempo, mis amiguitos y yo asistimos al comienzo de una gran obra. Excavadoras y algunas otras grandes máquinas comenzaron a construir la que luego sería la avenida Richieri, que uniría el centro de la Ciudad con el Aeropuerto de Ezeiza. Fue, para mí tem-

prana edad, el comienzo de nuevas aventuras.

Para ese entonces, mi mamá hacía un trabajo extra, que consistía en pintar soldaditos de plomo, los que luego ponía en una caja de madera. Las encargadas de llevarla al empleador éramos mi hermana y yo. Decididas y poniendo garra a la fuerza que teníamos que hacer para llevar la caja, emprendíamos el camino, que forzosamente nos llevaba a tener que cruzar la zona de obras que para nosotras eran cornisas, sierras, llanuras y todo tipo de accidentes geográficos que fantaseásemos. Nuestros personajes podían ser un par de Amazonas, reinas, emperatrices, o esclavas. Según el argumento del momento, procedíamos a elegir un arquetipo.

Y así, casi sin darme cuenta, me sorprendió la adolescencia. Nuevamente mi calle Cosquín fue testigo, esta vez de charlas con amigos, el primer beso, nunca ignoto, de ello se encargaban los vecinos, que solían espiar, a través de las llamadas cortinas de barrio.

El tiempo fue pasando y mi calle al igual que yo, se fue transformando. La vistieron con cemento, se plantaron más árboles, las veredas pasaron a unificarse a través del mismo mosaico. Comenzaron a circular vehículos a mayor velocidad y hasta una línea de colectivos.

Cuando por las noches, con el cansancio inscripto en todo el cuerpo, regresaba al hogar de la escuela, de la universidad, del trabajo, mi rostro se transformaba en una sonrisa al bajar del colectivo. El paisaje conocido de mi calle me anunciaba que el hogar estaba cerca y en él la comida calentita y una cama donde reparar la fatiga.

Mi adultez me llevó por otros barrios, por otros lugares, que yo elegía por parecerme más acordes con mi vida actual. Sin embargo, sentía un vacío inesperado cuando de pronto veía algún medio de

transporte que se dirigía hacia mi antiguo barrio, hacia mi antigua calle. Entonces... ocurrió que un día me decidí , tomé uno de esos colectivos y fui a caminar por mi calle.

Sentí que me abrazaba, que me contenía, que la tenía dentro de mi ser. Allí había pasado los momentos más importantes de mi vida: mi infancia, mi adolescencia, mi noviazgo, mi boda, la llegada de mis hijas y, también, las pérdidas de mis seres queridos. ¿Cómo no amar a mi antigua calle? Ella y yo nos conocemos muy bien, nuestras dificultades y nuestra evolución. Por eso, tomé la iniciativa de volver. Y aquí estoy.

Hoy, mi calle es elegante, bordeada de hermosas casas. En ellas, aún permanecen algunos de mis viejos vecinos y también la disfrutan nuevos habitantes.

Mi calle es como una madre que contiene desde la calidad humana de los vínculos vecinales. Ha evolucionado tanto que puedo verla desde mi teléfono móvil en forma digital.

Hemos recorrido un largo camino, calle mía. Y otros, que un día decidieron ubicarse en este espacio contenedor, lo han hecho también. Es por eso que hoy decidí usar las palabras para expresarle mi homenaje, que se extiende a todas las calles de la Ciudad de Buenos.

Calle pujante y bella, entrañablemente querible. Un lugar donde se puede ser feliz.

**Alicia Mabel Lanzetti**  
mabellanzetti@yahoo.com.ar



## El cantor de tangos

Tulio, el Tanito, rasgueaba su guitarra desafinada y, carraspeando, trataba de afiatar lo mejor posible su voz arrastrando las palabras como para ir relajando la garganta. Los muchachos del laburo lo habían escuchado cantar y le comentaron:

–¡Pero, ché, qué buena voz que tenés! Cuando cazás la onda hasta te parecés a Alberto Marino.

Envalentonado por el aliento recibido, comenzó a ensayar en cuanto rato libre tuviera: “Vieja viola garufera y soñadora, de mis años de parranda y copetín...”; “Es que la gola se va y la fama es puro cuento, andando solo y sin viento, todo se acaboooo...”. Sin embargo, apenas empezó a cantar en el conventillo, Goitía, con voz de serrucho desafinado le gritó:

–Callate, pedazo de pelotudo, dejame apoliyar o te meto la viola en el orto.

La advertencia del vasco no se podía tomar en joda. Llevaba siempre una faca con la cual cortaba de un solo tajo las medias reses en el frigorífico Swift. Nunca lo vieron pelearse, pero cuentan que una vez agarró del cuello al capataz y con una sola mano lo levantó y lo colgó de la ganchera. Cuando él llegaba al conventillo, siempre se producía un respetuoso silencio y la ronda del mate se interrumpía para cebarle uno a él. El Tanito (con sabia prudencia) no desoyó la advertencia y masticando bronca enfundó la mandolina. Sin embargo su mayor ambición era llegar a ser cantor en la orquesta de Peralta, quien una vez lo había alentado:

–Dale tano, ensayá bastante, que si le encontrás la vuelta y no desafinás demasiado, por ahí te llevo para que cantes en el Social Club. Pero, ¿Cómo hacer para ensayar sin sulfurar al bestia peludo de Goitía?

De noche tampoco podía ensayar porque, si bien no estaba el vasco, regían las inviolables reglas del inquilinato el Palomar. Un cartón con letras bien grandes escritas con carbonilla advertía: “Prohibido aser ruido depues de las 9 oras”.

Así se respetaba el descanso de los estibadores que salían a las cinco de la mañana para el puerto. Esa regla era cumplida estrictamente por todos y hasta los pibes archivaban la talope.

–Mirá, Tulio, convencete de que las 6 de la matina es la única hora potable para vos –le aconsejó Oneto.

Sin otra opción, el Tanito empezó a levantarse muy temprano y paraba el colchón, tapiando la puerta de su pieza, para que casi no se escuchara desde afuera. Con sus 21 pirulos recién cumpliditos, tenía bastante buena voz, pero, con frecuencia, le salía un indeseable gallo porque el frenillo de la lengua le hacía arrastrar la erre y le salía una egge muy poco armónica. La costurera de al lado le dijo que fuera a ver a la yuyera Mika que vivía en la pieza 33 del mismo conventillo (segundo piso, patio de atrás) y le explicara su drama. La polaca, según las malas lenguas, se había tenido que rajar de golpe de su Cracovia natal, cuando, para hacer abortar a la hija del Alcalde, le provocó una infección que casi la mata. En los mentideros de San Telmo –y aún un poco más allá–, se había creado la fama de curalotodo y eso se debía a que había curado de la purgación al hijo del encargado, quien como agradecimiento le dio esa pieza. Mika decía que el número 33 era

muy propicio para aumentar el poder de las sanaciones que practicaba. Ella misma parecía ser un buen ejemplo de sus secretos oficios, ya que se la veía bastante bien a pesar de los 90 pirulos que confesaba; aunque los cálculos, acorde a las matronas del barrio, daban una cifra bastante mayor. Al día siguiente, ella le entregó un frasco de dulce Canale con un menjunje que (según le dijo) tenía ortiga, quirquincho, ajo macho, kuratu y otros yuyos secretos que no quiso revelar, y le hizo una topicación con un hisopo cuyo sospechoso aspecto y color prefirió no averiguar. Al rato, llegó el lungo Oneto, ese chorro al que la cana acusó del escruche a la mercería del turco Alí y que zafó diciendo: “Y... de algo se vive”. La cana no le pudo probar nada, o, de alguna manera, se arregló con el comisario. Lo largaron enseguida y, por eso, fue el piola consultor del Tanito. Oneto, medio en serio y medio en joda, lo cargó y le advirtió en un tono que imitaba la voz gangosa de Tulio: “Mirá, mejor no te metás con esa chiflada, yo la descubrí cuando meaba en el frasco que te dio”.

Para rematarla y, tal vez, por cargarlo más aún, o también porque de alguna manera también lo quería, y para preservarlo de alguna imprevisible calamidad, intentó que renunciara a tomar el remedio:

—¿Te acordás del Pelusa, el gato que yo tenía, y que se pasaba toda la noche corriendo por los techos para montarse a todas las gatas? Bueno, Mika me dio algo que yo le mezclé con el morfi. Primero, el tipo no maulló ni salió más de joda, se quedó en un rincón; y después de un tiempo, se le secaron las bolas, se le secaron —agregó tapándose el bulto de la entrepierna con las dos manos como para que no quedaran dudas a qué estaba aludiendo. Además, con ese gesto mágico se protegía de la acechanza de algún eventual y oscurantista maleficio.

–¡Al pobre le quedaron las guindas más secas que dos pasas de uva! –concluyó Oneto. Y se quedó un buen rato callado mirando al vacío. Era indudable que estaba imaginando al gato castrado y no se sacaba las manos de la bragueta, para que ese gesto proteccionista impidiera la reactivación del efecto letal que produciría la sola mención del evento felino.

Pero a Tulio no lo inquietaba ese peligro (al menos, no por el momento) y para que el brebaje hiciera el máximo efecto milagroso, cumplía con la liturgia de los gargarismos exactamente como le había indicado Mika. Cuando recién asomaba el sol y cacareaba el gallo bataraz de la Gladys, aquel que para que no se piantara tenía atado de una pata a un adoquín de granito, esos de la calle. A ella nadie le tiraba la bronca por el gallo porque todo el mundo laburaba temprano, salvo Lucho, el peón de la ferretería. Un día, a eso de la siete, la Gladys lo encontró acariciando sospechosamente al gallo y si ella no llegaba, seguro que le retorció el cogote y terminaba en un puchero. En cuanto al Tanito, la pócima mágica parecía hacer el efecto deseado, aunque no se sabe a ciencia cierta si en la gola o en el marulo. Más aún, era evidente que se iba afianzando y cantaba cada vez con mayor soltura. Se supone que con el frenillo más blando podía pronunciar las palabras con menos “egges” y entonces pudo aumentar su repertorio: “Viejoo fueye desinflado...”; “En un viejo almacén del Paseo Colón...”; “El bulín de la caye Ayacuchoo...”; “La guitarra en el roperoo, todavía esta colgadaaa...”.

Finalmente, a Peralta le pareció que estaba potable para cantar y lo citó al sótano de Cersósimo, el maduradero de bananas de la calle Chacabuco, donde ensayaban, y ahí lo empezó a probar, pero nunca le aseguraba del todo si lo iba a incluir en su orquesta. No se

sabe si porque el Tano no lo convencía del todo o para no pagarle los 10 mangos que les daba a los ejecutantes por cada ensayo. Sin embargo, puntual e inexorable, la fecha del estreno llegó y el enorme pasacalles anunciaba: “7 Bailes 7 - Club Social y Deportivo San Telmo - Ameniza: Santiago Peralta y su Gran Orquesta Típica (Damas Gratis)”.

Cantar allí, en Carnaval, era como llegar de verdad al paraíso y casi tocarle los testículos a San Pedro.

Como Tulio estaba totalmente en la lona, cada vecino le prestó algo de guita para que se comprara una pilcha acorde a tan importante acontecimiento. De manera que se fue a “Los 49 Auténticos” y se compró un traje con dos pantalones, saco cruzado, solapa ancha y tiro alto para usar con tiradores, de manera que al abrirse un poco el saco se notara su elegancia. Obviamente, ligas Chantecler para las medias de seda negras. No obstante, parece que Peralta no coincidió demasiado con su elección ya que cuando lo vio llegar al club le gritó furioso: “¿De dónde carajo sacaste ese traje color verdoso parecido al sorete del pañal de mi nene?”. Pero como ya no se podía hacer nada, dado que él tampoco le había indicado cómo vestirse. De modo que el tano tenía que cantar sí o sí.

Después de que la orquesta iniciara su actuación con “La cum-parsita” y “El choclo”, largó Tulio con “Tinta roja”. Varias parejas dejaron de bailar y se acercaron al escenario para mirarlo de cerca y escuchar mejor. Cuando terminó de cantar, un imprevisto y categórico aplauso coronó el chan, chan final. El Tano no supo qué hacer, se dio vuelta y miró con ojos despavoridos a los músicos, como preguntando: “¿Y ahora qué carajo tengo que hacer?”.

Salido del primer minuto de asombro, Peralta, a quien esa ines-

perada reacción del público también lo había pescado desprevenido, se acercó y pasándole un brazo por el hombro, como si todo hubiera estado perfectamente planeado, dijo:

–Damas y caballeros, amable concurrencia, les presento al vocalista Tulio Sanpili que a partir de hoy se incorpora como cantor oficial de nuestra gran orquesta típica. Las improvisadas palabras de Peralta le hicieron acotar el Sanfilippo del apellido real de Tulio, pero eso a nadie le importó.

El Tano cantó cerca de dos años con la orquesta de Peralta, ganó bastante guita y se mudó de la pieza que tenía. Por ese entonces, se encontró casualmente en el boliche de Luján y Paseo Colón con el lungo Oneto, que todavía vivía en el Palomar, como al pasar le chimentó:

–¿Te enteraste que Mika espichó hace unos meses?

El Tano empalideció, se levantó de sopetón volcando la grapa que tomaba y sin saludar salió rajando, como queriendo poner suficiente distancia geográfica entre la mala noticia y él. Apenas llegó a su casa, buscó el frasco que había conservado celosamente como un inapreciable amuleto y lo encontró tal cual lo había dejado. Bien tapado y cuidadosamente envuelto con la primera hoja del diario La Razón con la fecha que todavía podía leerse: “6ª Edición, Marzo 8 de 1949”. Desenvolvió el frasco con desesperación y comprobó que todo estaba igual, pero algunos componentes estaban secos. No pudo dejar de pensar de inmediato en los testículos del Pelusa. Lo primero que se le ocurrió fue ir a ver a su amigo, el encargado de El Palomar, para pedirle que lo dejara entrar en la pieza de Mika. En su revuelta pieza, solo había en el suelo un colchón destripado y un montón de

revistas pisoteadas. Se notaba que los vecinos no habían perdido el tiempo. Un vecino polaco de apellido impronunciable, le tradujo algunas notas manuscritas en una hoja de cuaderno de Mika, pero nada que permitiera tener una referencia ni siquiera remota de los componentes o presumir cuál era el yuyo que se había secado en el frasco. Lo puso en el aparador y ocultó cuidadosamente lo ocurrido, pero al poco tiempo, y ante el asombro de los integrantes de la orquesta, el Tanito empezó a arrastrar de nuevo las erres y Peralta se vio obligado a recomendarle unas forzosas vacaciones.

–Tomate un tiempo, descansá y tranquilízate, vas a ver que eso te va a venir muy bien y te vas a recuperar. Alguna vez eso nos pasa a todos. Volvé cuando estés mejor y te prometo probarte de nuevo.

Los pocos amigos que aún lo frecuentan chimentan que parece un zombi, usa ropa totalmente raída y murmura frases incoherentes mechando cada dos por tres referencias a las bolas secas. Repite, mirando al vacío, más para sí mismo que para quien eventualmente lo estuviera oyendo:

–iSi parecen dos higos secos...parecen...!

**Alberto Chab Tarab**  
albertochab@gmail.com



## Buenos Aires, mi ciudad (poesía)

Que hermosa es mi ciudad,  
ya sea de día o de noche.

Nos despierta a la mañana  
el transitar de los coches  
o el vuelo de los aviones,  
trayéndonos pasajeros  
y llevándonos no sé adónde.

Su dorado amanecer  
se refleja en el río;  
parece un cuento de hadas,  
que nos hace ver el trigo.

El gorjeo de las palomas  
y el trinar de las calandrias,  
que nos están anunciando  
que ya terminó el alba,  
a trabajar nos invitan  
y nos pone en movimiento,  
como una eterna costumbre,  
para buscar el sustento.

El verde de su arboleda  
nos saluda por las calle,  
mientras vamos al trabajo  
nos purifican el aire.

Se levantan las persianas  
y todos están dispuestos  
a comenzar bien el día  
para cumplir con sus impuestos.

Tanto en verano o invierno  
otoño o primavera  
todo tiene su atractivo.  
No es una ciudad cualquiera,  
es Buenos Aires, que con vida,  
con sus amplias avenidas  
y su linda costanera  
le está diciendo al turista  
que no se olvide de ella.

Es una ciudad alegre  
y también llena de encantos.  
Aquí todos se divierten  
y les dedican sus cantos.

No renuncio a Buenos Aires.  
Por ser tan bella ciudad,  
yo quiero morir en ella  
y entregar mi alma en paz.

**Julia Estela Gásperi**  
juliagasperi@gmail.com



## El anciano en el parque

Caminaba lento y con su defecto en su pierna izquierda, quizás, fruto de tantos lugares caminados y tantos zapatos gastados en tantos lugares desconocidos por los demás. Él caminaba recordando otros momentos y otras voces de otros tiempos, en que su cuerpo era más fuerte y más joven, quizás.

-No se olviden de entregar las toallas después de bañarse y no se distraigan cuando se están bañando, porque seguro “perderán algo”.

-Muchas gracias, señor. El anciano siempre trataba de contestar con cortesía.

-Después vuelvan a entregar las toallas y rápido a merendar.

-Sí, señor. El anciano recordaba las muchas veces que le tocó contestar igual: “Sí, señor; sí, señor; sí, señor”, cuando fue joven y quiso curiosear como era eso del ejercito en un lejano país. Probó suerte y trató de evitar que nada malo le sucediera. ¡Qué idioteces hacemos cuando somos jóvenes!

El anciano recorrió el mundo y así gastó su vida. En realidad, quizás solo estaba escapando de algún recuerdo doloroso, como cuando perdió su amor, cuando aquella hermosa mujer de ojos verdes, se perdió en las lejanías de algún aeropuerto, rumbo a la lejana París y nunca más pudo volver a verla. Muchas lágrimas recorrieron sus mejillas como adelantándose a esa soledad sempiterna que lo acompañará para siempre. Así gastó su vida, en ver que había más

allá de esa montaña, más allá de aquel puerto y más allá de aquel camino.

La merienda del llamado “Parador” era como algo de dudoso origen y más dudoso gusto. Pero él no sentía ya los placeres gastronómicos, solo masticaba infortunios y pérdidas. Más sobreviviente que Gilgamesh, aquel personaje inmortal que aparece en la vieja novela de los sumerios, quizás la primera novela de la historia.

El parador era un lugar organizado por el Gobierno de la Ciudad para que puedan pernoctar los homeless de esa metrópolis fría, cruel y desarraigada, que sin embargo cobijaba a los menesterosos como él. Claro que allí también se veían las realidades de la humanidad toda, los más generosos, los más crueles, los más viciosos y los más puros; todos hermanados en el ambiente de Los miserables, de Víctor Hugo.

—¿Vos no fumás, viejo?

—No fumo ni bebo —contestó con ese frío desgano que solo lo da la experiencia y la falta de asombro frente a otros, que siempre buscaban cómo acercarse a los nuevos, para ver “que les podían sacar”. Era como el acercamiento de las hienas a sus presas menores en las sabanas africanas.

—¿No querés o no podés?

—No me gusta. Odio fumar o beber —su voz era baja, grave; y sus ojos, ya cansados de tanto ver en otras geografías, se tornaron fríos y ajustados como los de un viejo tigre cuando algún otro animal lo molesta para ver si aún puede. Es ese frío que da el tiempo a aquellos que vieron demasiadas muertes y vidas en este planeta en donde

venimos a aprender y madurar.

–Ah... yo decía nomás.

El anciano no quería ir al pequeño patio del parador, porque allí había muchos fumadores de hierba y algún delincuente que estudiaba a sus víctimas y sus presas con esa mirada de hambre que tienen las hienas. No era un buen ambiente para relaciones humanas, era lo “más feo” de la ciudad.

El ferrocarril hizo escuchar su bocina anticuada y fuera de lugar, y su sonido tan especial le hacía recordar cuando, en otros trenes lejanos, recorría paisajes de la hermosa Europa; y un rictus de amargura le cerró aún más su boca. Lo mejor que podía hacer era distraerse viendo el noticiero tan alejado de su interés como las charlas intrascendentes que lo rodeaban.

El parador quedaba en un barrio lleno de drogadictos y delincuentes, que esperaban que algún distraído pasara por allí para saquearlo o, quizás, para robarle su salud también. Era como acercarse lentamente al infierno, al verdadero infierno, o sea, al que reúne los seres más realistas y feos de este mundo. El peligro, el robo... todo estaba en esos miedos típicos de las calles sucias y con adoquines maltrechos, cubiertos en parte con algo de asfalto, como tratando de cubrir en vano las desprolijidades de los encargados de hacer la ciudad.

La noche tiene sus miedos, pero también el día tiene sus miedos, aunque llevaba en sí la esperanza para los que podían elevar su mirada al cielo, aquellos que se reconocían en parte a un hijo del Padre que está en los cielos, aquellos que aún no sienten el espanto de saberse dominados por la oscuridad. El anciano sabía que, mien-

tras él pudiera saberse limpio de las cosas oscuras o negativas, podía tener una salida de cualquier parte poco alegre de la vida.

–Entregar las sábanas, señores.

–Haciendo fila para tomar el mate cocido.

–Pueden tomar dos panes porque hoy es feriado.

Un nuevo día y el anciano tomó rápido su desayuno, si es que podía llamarse desayuno, mientras recordaba cuando él probaba esos desayunos “americanos de verdad”, con huevos revueltos, tostadas, quesito de untar y a veces con hotcakes rebasadas de miel de maple. Eso estaba muy lejos... allá en las profundidades de su memoria. Ahora, solo tenía mate cocido con unos panes en proceso de endurecimiento.

Luego de pasar el control de salida del parador gubernamental, caminó lento buscando el reconfortante clima del parque con sus árboles tan verdes y, sobre todo, con esos cantos de los pájaros. Los divertidos chirridos de las loras peleonas y atrevidas le hacían la vida imposible a las cándidas palomas del parque. No importaban los seres en los bancos sucios y húmedos, no importaban los adolescentes fumones de su sucio “porrito” en las zonas de descanso infantil. No importaba mucho, mientras hubiera hermosas aves y amables árboles con sus mensaje de armonía y paz, como casi todos los seres de la naturaleza. Los inocentes seguían dando glorias al Creador con sus cánticos y colores, mientras los monstruos, que alguna vez fueron humanos, seguían con sus rituales oscurantistas y enfermizos, consumiendo extrañas mezclas de drogas con odio y desesperanzas. Una mezcla de infierno y paraíso en el mismo lugar. Algo tan contradictorio como misterioso, pero sin duda ocultaba la belleza de la contradic-

ción del origen del ser.

–Buenos días, señor –le sobresaltó el saludo de la policía que caminaba por la vereda del parque en una ronda absolutamente anticuada, como de otra época menos insegura y más inocente.

–Buenos días, señorita.

La policía, con una hermosa sonrisa, lo saluda y con una rápida mirada estudia su aspecto, sus manos y sus ojos para adivinar de algunos síntomas de aquellos que esconden algo, que consumen algo o que mienten por algo. Es la mirada rutinaria de un policía de ciudad.

–¿Usted no hará la “gimnasia por la tercera edad”?

–No, no creo poder hacer eso, señorita. El anciano contestó con esa sonrisa que siempre lo acompañaba cuando deseaba aprender el sentir de los interlocutores más jóvenes y más vitales.

–Debería ir a la “Estación Saludable”, para chequear su presión y su peso.

–Eso sí me parece adecuado para mis años.

–¿Sabía que anoche mataron a un anciano en el parque?

–¡Oh, no! ¡Qué horror!

–El anciano se emborrachó, se quedó dormido en el banco aquél y amaneció apuñalado. Por eso estoy en el parque, para evitar esos peligros.

–Pero, ¿dice que lo mataron de noche?

–Sí, eso dije.

–O sea, que de nada serviría hacer guardia de día, si de noche es cuando los asesinos matan.

–Sí, pero de noche hay menos gente.

–Seguramente tienen más miedo de salir con la oscuridad y los homicidas sueltos por allí.

–Bueno... no es para tanto.

–Bueno. El anciano dibujó una amarga sonrisa y siguió caminando con la certeza de que el mundo seguiría igual, siempre igual y nadie sentiría nada por aquel anciano muerto en un parque. Seguro dirán: “También... eso le pasa por andar borracho de noche por los parques”. Nadie sabrá jamás porque murió o lo mataron al ebrio en situación de calle, que se animó a dormir en el parque.

El colectivo rugió demostrando que su motor estaba avejentado y mal mantenido, expulsando humo negro y venenoso, mientras los perritos trataban de alcanzar la zona canina para poder hacer libres sus necesidades. Y mientras los humanos trataban de limpiar los desechos caninos, las mascotas sonreían viendo cómo los hombres debían limpiar lo que ellos ensuciaban. Una metáfora muy divertida.

La ciudad siguió fría e indiferente. Y en la ruidosa pizzería, algunos “hinchas del globito” escuchaban seguramente, como música de fondo, alguna parte del tango “Invierno porteño”, del maestro Astor Piazzola, mientras la humedad continuaba su curso desgastante de vidas y de historias, sin más color que el gris de la nostalgia y la falta de sueños de los que no creen, porque sus realidades fueron hechas

a punto de decepciones.

En los árboles, las amables palomas esperan que unos chicos escolares juguetones y comelones dejen caer algunas miguitas de pan o galletitas, para bajar rampantes y apuradamente a devorar esas migajas, antes de que vengan las cotorras a robarles su tesoro, siguiendo las leyes crueles de la ciudad del plata. El más vivo y desalmado se adueña de las cosas del más distraído o del más amable.

El anciano siguió caminando, mientras silbaba entre dientes las hermosas notas de algún viejo vals de Strauss, y lentamente se fue como esfumando de las miradas distraídas de quienes diariamente “estaban y no estaban” allí. Así, ellos miraban y no veían que el anciano se borraba en la nada y subía de vuelta a su sitio de guardia entre los ángeles del cielo para contarles a sus pares sobre esos seres tan raros que vivían en el planeta Tierra, en una ciudad llamada “La reina del Plata”.

**Andrés Gerardo Urtubey**  
drurtubeycaceres@gmail.com



## Una mañana porteña

Aquel sábado por la mañana salí a caminar. La Avenida Independencia estaba desierta igual que Avenida La Plata. Los autos se encontraban estacionados en fila y de ambas manos, pegaditos al cordón, como esperando una señal de largada, y los negocios permanecían con las persianas bajas.

En la esquina, don Juan ordenaba los diarios sobre una banqueta y su hijo Alberto preparaba los ramos de jazmines a un costado del kiosco. El sol asomaba furioso, amenazante contra el cemento, prometía una sofocante jornada, mientras que las palomas con movimientos rítmicos picoteaban por la vereda. Sin el apuro ni el tumulto de la gente y sin el ruido de los autos o las frenadas de los colectivos, la ciudad despertaba. La mañana lucía ideal para disfrutar una caminata por las calles porteña.

Al llegar a la Av. Rivadavia y Río de Janeiro, las rejas de la línea del subte A con acceso a Primera Junta y a Plaza de Mayo, por mejora del servicio, se hallaban cerradas, vagones de madera de casi cien años serían reemplazados por nuevos.

Un patrullero de la Metropolitana frenó cediendo el paso, crucé, continué caminando con la mirada hacia arriba y fue cuando me atrajo la figura de un ángel que sobresalía en lo alto de un edificio. Al observarlo me di cuenta de que sobre las fachadas adormecían centenares de esculturas arquitectónicas.

“Cuántas manos artesanales pasaron –pensé– con estilo inglés, español, francés, italiano y portugués, que fueron forjando estas

verdaderas reliquias históricas”, mientras pasaba frente al Club Italiano de Buenos Aires. Al observar su estructura, recordé al Club Ferrocarril Oeste y también al Barrio Inglés, construido a fines del siglo XIX sobre las calles Emilio Mitre, Av. Pedro Goyena, Valle y Del Barco Centenera. Ese camino de rayuelas hizo que mi mente saltara para caer en la década del mil novecientos.

Un antiguo mundo descubrí con tan solo alzar la vista. Desde los muros caían cataratas de espléndidas molduras con sus diferentes cúpulas, balcones y figuras salientes. Creí estar en la antigua Europa, la misma que mis abuelos en reuniones domingueras con mucha nostalgia la pintaban con lágrimas y nos hacían soñar con el viejo continente.

Sin darme cuenta había llegado a la esquina de Acoyte y Rivadavia. Había quedado atrás el monumento a Simón Bolívar, la Fuente de la Doncella y la estatua en homenaje a la Madre que engalana la antigua “Plaza Lezica”, hoy “Parque Rivadavia”, y también la Parroquia Nuestra Señora de Caacupé, iglesia que perteneció a una orden de monjas irlandesas.

Las calles continuaban solitarias y bajo la frescura de los árboles seguí atraído por antiguos y modernos edificios entremezclados. Al llegar a la intersección de las cinco avenidas: Díaz Vélez, San Martín, Ángel Gallardo, Honorio Pueyrredón y Gaona, me detuve frente a un enorme bloque cuadrado de mármol, en él erguía el monumento al Cid Campeador, montado en un brioso caballo parado en tres patas. En la base de una de sus cuatro caras de mármol, tenía grabada una leyenda que hacía referencia al heroísmo y a su espíritu caballeresco.

Cansado de la caminata me apoyé sobre las rejas que prote-

gían el monumento. De pronto sentí que alguien por detrás se acercó, me di vuelta y vi la figura del Cid portando la lanza, el escudo y, en su cintura, una ancha espada de acero. Con cierto acento Castellano exclamó:

–Soy Rodrigo Díaz de Vivar, vasallo a la orden del Rey Alfonso.

Al verlo enmudecí, quedé paralizado. Rápidamente dirigí la mirada hacia arriba y vi que solo se encontraba el caballo ¡Era el Cid! Apoyó su mano de bronce sobre mi hombro y dijo:

–No temáis, desde mil novecientos treinta y cinco que vivo aquí –giró su cabeza, contempló las cinco esquinas y continuó con su dialéctica castellana–; ¡observad qué placer! ambos nos encontramos, según dicen, parados en el centro geográfico de esta bella Ciudad Autónoma De Buenos Aires, ¿Qué podéis decirnos al respecto?

Lo miré de arriba abajo. No podía creer que una figura de bronce hablase. La poca gente que transitaba cerca de nosotros no advertía lo que ocurría y con plena parsimonia me invitó a que me sentase en el piso.

Apoyó el escudo y la lanza contra las rejas. Contó que por culpa de las calumnias de un tal García Ordoñez, su Rey Alfonso VI lo había desterrado. Agachó la cabeza y perdiendo la postura habló con profunda tristeza de su amada esposa Jimena, de “¡cuánto le admiraba!”; y de sus dos hijas, Elvira y Sol, que las dejó en manos y al cuidado del abad don Sancho.

Sentí la sensación que era domingo y que escuchaba los relatos de mis abuelos. Me mostró el banderín que llevaba atado en su lanza, la misma que derrotó al Conde de Barcelona y con la que

conquistó Valencia.

Una de sus anécdotas que contó con tinte picaresco ocurrió en la ciudad de Burgos, cuando su amigo Martín Antolinez engañó a unos prestamistas para obtener de ellos el dinero que necesitaban para costear y ganar la guerra y que con el tiempo le restituyó más de la cuenta en agradecimiento. Para esto el ruido de los autos y los colectivos se hicieron aún más intensos.

Todo parecía una novela de ficción. Me contó la aparición del arcángel San Gabriel en su última noche en Castilla, el drama con sus yernos “Los infantes de Carrión”, el maltrato a sus hijas, que para recuperar su honra las volvió a casar con los hijos de los reyes de Navarra y Aragón con el previo consentimiento de su rey Alfonso. En un momento hizo una pausa, me miró fijo y luego me preguntó:

–¿Y tú? ¿Tú quién eres?

–Me dicen Fauque –le dije sorprendido.

–¿A qué te dedicáis, Fauque? ¿De dónde venís?

–Soy escritor y hace un tiempo que vivo aquí, en la ciudad de Buenos Aires.

–¡Oh! Entonces sabéis de mi existencia, aunque... de ti no sé absolutamente nada.

–Sí, es verdad y qué increíble es escucharte, Cid. Es un honor y un privilegio que cuentes tus propias aventuras de caballero.

Terminé la frase y ya no se encontraba a mi lado. Levanté la vista y nuevamente estaba montado en su caballo portando su lanza

y en la otra mano sosteniendo el escudo con firmeza.

Me incorporé secándome el sudor de la frente y, al dar la media vuelta, levanté la mano sin ánimos de despedirme. Regresé a casa, pero con las ganas de continuar con esta amistad. Y mientras mis pasos se dirigían hacia la Avenida Ángel Gallardo, llegué a Leopoldo Marechal. Allí, vi a los artesanos del Parque Centenario ordenando sus mesas mientras que los puestos de los libros aún permanecían cerrados. Apuré el paso, me crucé con los primeros transeúntes, a quienes miraba como para contarles, pero no me animé.

Antes de llegar a casa, don Juan y su hijo seguían en el puesto. Fue una mañana inolvidable.

**Villafañe Héctor Julio**  
mispersonajes@yahoo.com.a



## El recuerdo

102

La lluvia anegó las calles. Elisa veía indignada cómo el agua entraba por debajo de la puerta principal. La empujaba con el palo del secador pero volvía sin tregua. Ricardo, el esposo, se tomaba la cabeza y repetía una y otra vez que no podía ser, que el año pasado había ocurrido lo mismo, que el intendente había dicho que estaba solucionado. Elisa lo dejó hablando solo y empezó a guardar la ropa en bolsas, mientras se preguntaba cómo salvarían los pocos muebles que tenían. Se apuró a desenchufar la heladera y el televisor. Se acordó de los papeles y los documentos. Guardó todo en una cartera grande y la puso arriba del ropero. No podrían salvar nada más. Miró a los niños y agradeció que durmieran. Pero qué haría si no paraba la lluvia y la casa se volvía a inundar. No quiso pensar.

Caminó resignada hacia la ventana. La lluvia caía impetuosa y golpeaba los vidrios. Antes, cuando todavía no conocía a Ricardo, le gustaba escucharla, incluso no le importaba mojarse mientras caminaba. Pero ahora los truenos la asustaban y se sentía presa. Cuando se puso de novia, qué placer le daba que él sostuviera el paraguas con una mano y la abrazara con la otra. Pero un día de tormenta, parecida a esta, él aprovechó para meterla en un hotelucho y probar allí su hombría. Cada vez que llovía así, lo miraba de reojo, porque los recuerdos de ese día estallaban como los truenos de la tormenta.

Ese día se había puesto contenta de verlo, esperándola que saliera del negocio donde trabajaba. Pero quedó petrificada al escuchar para qué había ido a verla. Quería una prueba de su amor. Hasta ese momento, ella se había sentido segura, tranquila con él. Había

confiado en que nunca se lo pediría. Lo habían hablado. Ella le había explicado que fue criada a la antigua, que le habían inculcado que no debía acostarse con ninguno antes de casarse. Ricardo había estado de acuerdo. Incluso le había dicho que ella era especial, que no era como las otras. Por eso, cuando le pidió aquello ella le respondió con un rotundo “no”. Pero él insistía cada vez que se encontraban. A veces iban a comer o al cine y después la acompañaba a su casa, pero siempre al final era el mismo tema: Quería la prueba. Se despedían mal, porque ella no quería ceder y eso a él lo enojaba. Pero ella no podía entregarse así tan fácilmente porque le habían metido en la cabeza que era peligroso, que podía quedar embarazada, “que después si te casas con otro,... los hombres se dan cuenta de esas cosas”.

Elisa vivía con su madre y por las mañanas ella le preguntaba:

–¿Por qué gritabas dormida: “¡No, no!”? ¿A quién le decías “no”?

–Pero ¿por qué me preguntás eso? Si estaba dormida, qué se yo... soñaría con... no sé... –Elisa contestaba haciéndose la tonta:

Se acostaron vestidos, en silencio, con el temor de que el agua invadiera toda la casa como el año anterior. La lluvia era un arrullo adormecedor, pero ella la sentía como un juicio implacable, que ocurría para recordarle que había cedido, que había sido débil. No perdonaba a su marido y no se perdonaba a sí misma. Ricardo dormía de costado y ella lo miraba de atrás. “¿Qué le vi a este hombre que, encima, se comportó como un maldito abusador?”, pensaba mientras lo observaba. Y mientras recordaba, se le dibujó una mueca, mezcla de sonrisa y burla: “El imberbe no pudo. Claro, qué iba a poder si yo era una virgen absoluta y él había tenido sus primeros encuentros con hombres. No, no pudo y eso, para mí, fue un triunfo. Pero igual, de ahí

en más, me sentí sucia; sólo el casamiento me limpiaría porque fue el primero que...”.

Elisa se durmió; tuvo pesadillas. En sueños, veía un cielo oscuro y amenazador con destellos de luces por los relámpagos y el viento que arrasaba todo a su paso. Veía el agua crecer en las calles de barro, los árboles caídos, las casas que danzaban como pequeños barcos. Se ahogaba. Quería llegar a la puerta para huir, pero el agua la arrastraba hacia dentro de la casa. De pronto, al darse vuelta su mano rosó el agua que había alcanzado casi a la cama. Se puso de pie de un salto. El agua le llegaba a la mitad de la pierna. Le gritó a su esposo: “¡Ricardo, levántate!”. Quiso encender la luz, pero vio por la ventana que toda la calle estaba a oscuras. Corrió a la habitación de los niños. Los levantó a los dos en sus brazos, mientras pensaba en la fuerza que había desarrollado desde que nacieron. Sin decir una palabra, subieron la escalera que llevaba a la terraza y se sentaron en los escalones. Ricardo se sentó y se durmió como si siguiera en la cama. Elisa, con los niños aferrados a ella, buscaba en su mente una salida a su frustración. Apoyó a los niños junto a su padre. Bajó los escalones y caminó hasta el ropero. Allí podría encontrar la solución porque podía tomar sus documentos, su ropa y abrir la puerta y salir. Seguro que había otra vida detrás de la puerta. Respiró profundo para tomar valor cuando escuchó: “¡Mamá!”.

La lluvia había cesado”.

**María Ester Gómez**  
maena06@hotmail.com



## Bienvenidos a Buenos Aires

Manuel Linares Fernández nació en Bilbao, España. Número uno de seis hermanos. Su madre, doña Socorro Fernández, y su padre, don Manuel Linares, trabajaban el campo junto con todos sus hermanos. No sé si porque la tierra de ese campo no era tan buena, lo cierto es que lo que cosechaban no era excelente, y eso hacía que no notaran gran progreso para tanto esfuerzo. Por todo esto, Manuel decidió ir a trabajar al pueblo de Bilbao. Allí, hizo de mozo y conoció en su trabajo a Pedro Rodríguez. Se hicieron muy amigos y, como lo que hacían solo les alcanzaba para ellos mismos y apenas para ayudar a su familia, comenzaron a pensar en irse a otro país para mejorar sus vidas.

El paseo principal de ambos era ir al puerto a ver cómo se alejaban los barcos. Un día, juntaron sus pocas cosas y, de polizones, se vinieron a la Argentina. Llegaron flacos, sucios y muertos de hambre. Aquí estaba don Florencio Valdez. Un viejo malo y avaro, que ignoraba que la esclavitud había sido abolida en el siglo XIX. Les ofreció trabajo en uno de los inmensos campos que poseía en la provincia de Buenos Aires, en las inmediaciones de la ciudad de Azul. Se abusaba de los que entraban en forma ilegal al país y los hacía trabajar de sol a sol en sus tierras por muy poco dinero, magra comida, un catre en un galpón y una manta para cubrirse del duro frío.

Obligados por el patrón, tuvieron que aprender a matar vacas, sacarles los cueros, salarlos, apilarlos, cargarlos en un camión y venderlos en las talabarterías de todos los pueblos de la provincia. Andando en esas cuestiones, Pedro, que era muy servicial y obediente,

conoció a María Soledad, cuyo padre tenía una fábrica de ropa, valijas y bolsos de cuero en la ciudad de Saladillo. Simpatizaron y Pedro, terminó casado con ella y dirigiendo la fábrica. El suegro enfermó y, poco tiempo después, falleció.

Manolo se quedó con don Florencio Valdez y, por más que se deslomaba trabajando, no lograba salir adelante, pues la paga y el trato era cada vez peor. Y a pesar de que Manolo era simple, humilde y bonachón, las circunstancias hicieron que en uno de esos días fatales del patrón, éste le pegó con el arreador en las piernas y en los brazos dejándole las marcas. Entonces el muchacho esperó la noche y tomando sus cuatro cosas, se fue hasta la estación de Azul. Se sentó en un banco, cansado, lastimado y amargado. En esa postura lo encontró un hombre muy bien vestido que sintió pena de este joven. Se le acercó y le preguntó: “¿Cuál es su pena, joven?”. Y Manolo, le contó todo lo que le pasó desde que salió de Bilbao. Armando Quiroga, que así se llamaba el hombre, le dijo que él era estanciero, que tenía un campo de 1.500 hectáreas con vacas y ovejas y, si se animaba, le ofrecía trabajo y alojamiento en su estancia. Manolo dijo que sí, pues tuvo la impresión de que se trataba de una buena persona. Armando Quiroga estaba casado con Lucía Constancio. Una pareja ideal.

Le enseñaron a Manolo las tareas de la estancia y él asimiló todo de manera muy rápida. Lo veían tan dispuesto que lo apoyaban en todo. Aprendió a manejar y, en una camioneta, recorría y controlaba a los peones, campos y animales. Le tomaron mucho cariño y decidieron que Manolo debía estudiar. Éste aceptó la propuesta. Armando hizo todos los trámites para conseguirle la documentación de residente legal. Lo inscribió para que haga el Bachillerato Libre y, luego, con el mismo sistema, se recibió de Veterinario, cosas que realizó

sin dejar de atender su trabajo.

Como Armando y Lucía no tenían hijos, de premio, lo nombraron usufructuario de sus bienes. El agradecido joven, con mucho esfuerzo y dedicación, se construyó, ayudado por los peones que también lo apreciaban por su justo y buen carácter, una casa al lado de la estancia. Pudo, más tarde, traer a sus padres a la Argentina.

Cada vez que tenía ocasión, iba a Saladillo a visitar a su amigo Pedro que, con María Soledad, tuvieron dos hijos, que apadrinó Manolo. A Manolo lo alegraba ver que su Amigo Pedro había logrado incrementar al doble la fábrica que heredaran de los padres de María Soledad.

Por su parte, Manolo fue a España a buscar a sus padres y les relató todos sus progresos y bendiciones, las cuales ya, les había adelantado en sus cartas.

Sus padres, reticentes de despegarse de sus tierras y ancestros, al ver el entusiasmo con que Manolo les narraba lo vivido y conseguido con esfuerzo, trabajo y decencia, aceptaron acompañar a su hijo en su viaje de vuelta a Buenos Aires.

En el aeropuerto de Madrid, conoció a una porteña hermosa con la que luego se casó. Armando y Lucía, para su boda, le regalaron un departamento en la ciudad de Buenos Aires y lo nombraron gerente de un frigorífico que poseían en el Barrio de Mataderos. Durante su desempeño como gerente, demostró ser una persona idónea y preparada para ejercer tamaña responsabilidad; cuestión que se manifestó en el progreso, modernización y comercialización de los productos elaborados y envasados en esa planta industrial, por él conducida. Y eso fue un galón más para el orgullo de sus padres y de

sus protectores.

Manolo dice: “Gracias a España, la tierra donde nací, a mis padres, por darme el ser, a la Argentina que me cobijó y a Buenos Aires, que me dio el amor”.

**Blanca Rosa Larroque**

[blancarosalarroque@yahoo.com.ar](mailto:blancarosalarroque@yahoo.com.ar)



## Fríos... ¡Eran los de antes!

A don Lorenzo no le hacía falta conocer el pronóstico del tiempo para saber que a partir del 25 de mayo iban a comenzar los fríos días. En la fecha patria, solía recordar dos episodios de su vida. Allá a lo lejos, se veía en el patio de la escuela, con sus pantalones cortos, escuchando el himno y el discurso alusivo de la directora. El acto le resultaba interminable, mientras el frío le iba subiendo por las piernas. Como consuelo, esperaba los aplausos finales, porque sabía que, al salir, iba a recibir el alfajor que compensaba el festejo.

Así, Lorenzo narraba anécdotas a sus nietos, deseosos de conocer las vivencias del abuelo, cuando tenía la edad de ellos. Y continuaba contando, como eran los festejos en aquellos años en su barrio de Mataderos.

-¿Se hacía carrera de sortijas? -interrumpió el más chico

- ¿Cómo era esa carrera?

-Bueno... cuando vas a la calesita, ¿qué es lo que te gusta?

-Y... sacar la sortija para tener una vuelta gratis.

-Bueno... en esta carrera, también había que sacar la sortija, pero de una manera diferente. Donde yo vivía, la calle era de adoquines.

-¿Sabés que son los adoquines?

Ante la respuesta afirmativa, con un gesto de suficiencia, Lorenzo continuaba.

La calle se cubría con arena, para que los caballos pudiesen galopar y no resbalar. Se ataba, entre dos árboles, un cable que atravesaba la calle y en el centro quedaba colgada la bocha con la sortija. Con el caballo a todo galope, el jinete con un palito, tenía que embochar en el aro y sacar la sortija, que no era nada fácil. Por supuesto, el jinete que sacaba la sortija era el ganador. Otra cosa que me gustaba eran los bailes folclóricos, con la vestimentas de gaucho y paisanita; el grupo bailaba el Pericón y otras, que no me acuerdo. ¡Ah!, también me impresionaba el desfile militar con la banda de música...Y aquellos festejos eran muy diferentes a los de ahora... si los hay.

Cuando los nietos fueron a tomar la merienda, quedó pensativo, recordando los momentos vividos en otra etapa de su vida, en otro 25 de mayo. Volvía a su memoria, Margarita, un amor a primera vista, que nunca contaba. Como hijo de inmigrantes, continuó colaborando con su padre en la Sociedad de Ayuda a los paisanos de su pueblo, que llegaban desde Italia. En cuanto a su vida sentimental, ligada a las chicas de la comunidad, que comentaban que era buen mozo, el flechazo esperado no lo había alcanzado hasta ese momento.

En los salones de Unione y Benevolenza, la comunidad italiana, organizó un acto de homenaje a la fiesta patria, que culminaba con un baile para los concurrentes. Lorenzo fue invitado al evento. Con el traje gris, camisa blanca y la corbata azul, sentía estar a tono con la fecha. Culminaron los discursos de evocación histórica, y quedó esperando el comienzo de la música. Llegó con un paso doble y el ánimo de los presentes se fue animando.

Se acercó al lugar bailable, observando a su alrededor. Había parejas conversando; en otro sector, un grupo de mujeres solas. Una de ellas, aunque estaba de espaldas, llamó su atención. Se desta-

caba por su figura, el cabello oscuro y una vestimenta sencilla, pero juvenil. Llegó la melodía lenta y sintió que era el momento oportuno para invitarla, con la incógnita de una posible sorpresa, se acercó y le preguntó: “¿Bailamos?”. Ella, de espaldas, giró la cabeza y, en el rápido cruce de miradas, Lorenzo pudo ver sus ojos claros, que hacían contraste con su cabello oscuro, y un rostro de rasgos delicados. Lorenzo pensó: “No me equivoqué”. Como silenciosa respuesta, ella caminó lentamente hacia la pista.

Comenzaron los primeros pasos y el ritmo de la música permitió un intercambio de palabras:

-Mi nombre es Lorenzo... ¿Cuál es el suyo?

-Margarita.

-Una flor que me encanta –comentó.

El intervalo entre pieza y pieza permitió conocer en los breves comentarios, los gustos personales de cada uno. Pero bailando, Lorenzo, al estar cerca de Margarita, comenzó a sentir un sentimiento que no conocía. El flechazo había llegado.

Comentó que la reunión le dejaba un muy lindo recuerdo, ya que tuvo la ocasión de conocerla.

-¿Vive lejos?–preguntó Lorenzo. La respuesta quedó en suspenso, ya que desde el grupo llamaron a Margarita.

-Discúlpeme –dijo ella-. Mañana tenemos una salida bien temprano, y nos tenemos que ir. Fue un gusto –agregó.

-Igualmente –alcanzó a decir Lorenzo, quien estaba parado

como hipnotizado. Cuando el grupo se retiraba, ella lo saludó con una sonrisa, mientras él, la seguía con la mirada.

Salió de la Sociedad, se levantó las solapas del sobretodo y fue a tomar el tranvía para llegar a su barrio. Sentía estar flotando en el aire frío de la noche. Esquivando las baldosas rotas, sus pensamientos estaban con Margarita. “¡Qué mujer atractiva! Sería lindo verla nuevamente”, pensaba el joven. Llegó a la puerta de su casa y al introducir la llave, comenzó a insultarse y a darse golpes de puño en la cabeza: “¡Qué idiota! ¡No tengo una dirección!”. Y entró... sintiendo el frío que le subía por las piernas.

**Abraham Brukman**  
leobru82@gmail.com



## Provincianos en Buenos Aires

Había una vez... allá, en abril de 1968... Hacía poco más de un año que nos habíamos casado. Estábamos armando nuestra casa. En esas épocas, no existían las tarjetas de crédito y los negocios cobraban bastante interés al vender en cuotas. Por tal motivo, pedimos un préstamo bancario y, como en Buenos Aires las cosas eran muchísimo más baratas que en nuestra provinciana ciudad de Posadas donde vivíamos, decidimos hacer un “Viaje de compras” a la Capital. Aprovechamos la Semana Santa.

Salimos el sábado en Singer, “la” empresa de ómnibus que hacía Posadas - Buenos Aires, la única. Llegamos el domingo por la mañana. Por recomendación de una tía nos alojamos en un hotel de Callao y Bartolomé Mitre. Fue nuestra llegada a la gran ciudad. El domingo por la noche nos deslumbraron las luces. Ni qué decir, el subte. Comenzamos a caminar. Increíble, ante nosotros, el Congreso Nacional con su plaza, la Confeitería del Molino, la famosa Avenida de Mayo. Pasamos por el deslumbrante Palacio Barolo, el Hotel Castelar, el Café Tortoni, cargado de recuerdos. La recorrimos de punta a punta, hasta llegar a la inigualable Plaza de Mayo, rodeada de edificios repletos de historia que se abrían ante nuestros ojos como estampas. Recordábamos las fotos y figuritas de diarios y revistas como Billiken y Mundo Infantil, que de niños teníamos que recortar y pegar en el cuaderno para cumplir con una tarea escolar. Nos parecía mentira poder estar viendo directamente todos esos lugares, a los que pensábamos que nunca podíamos llegar. Pero... estábamos aquí.

Terminamos nuestro primer día porteño muertos de cansancio

y comentando y recordando todo lo visto hacía unas pocas horas, nos quedamos dormidos. Al otro día, lunes, mi marido concurrió a las oficinas centrales de Obras Sanitarias de la Nación, repartición de la cual era empleado, desempeñando su cargo en la ciudad de Posadas. Al recibirlo, su jefe le dijo: “¡Qué pronto vino, ingeniero!”. Mi esposo no comprendía esta frase pero de inmediato se aclaró. Le habían otorgado una beca para cursar la especialidad de Ingeniería Sanitaria en la Universidad de Buenos Aires y debía presentarse el lunes siguiente a la primera clase de este curso. Como eran las comunicaciones en aquellas épocas, esta noticia todavía no había llegado a Posadas.

Cuando regresó al hotel no sabía cómo decirme que teníamos que cortar nuestro viaje de compras y regresar a Posadas para preparar la estadía que sería por diez meses. Al recibir la noticia, espontáneamente le contesté: “De ninguna manera. No podemos volvernos sin hacer las compras”, pues, habíamos pedido el préstamo bancario para ese fin. Por lo tanto, ocupamos el resto del lunes, el martes y el miércoles para recorrer negocios y comprar lo programado: un ventilador; dos reposeras; una radio a transistores (así las llamábamos a las radios a pila), compramos una SONY, de “marca”; telas para cortinas; ropa de cama; y ropa personal. Y allá volvimos a nuestra casa con nuestras adquisiciones.

El miércoles por la noche, de vuelta en Singer a Posadas. Se nos acabó nuestro paseo por la Capital. Mi marido regresó a Buenos Aires el domingo siguiente y el lunes pudo asistir a la primera clase en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires, en la Avenida Paseo Colón.

Yo me quedé en Posadas organizando cómo dejar la casa cerrada por diez meses. Guardando cosas, programando cómo pagar

los impuestos y los distintos servicios. Viajé de nuevo de Posadas a Buenos Aires el sábado por la noche. Se viajaba de noche para que el viaje resulte más corto, durmiendo la ruta de 1200 km. El camino tenía muchos kilómetros de tierra, los que debían transitarse a muy baja velocidad. En esta oportunidad, llovió durante todo el viaje, por lo que fue más largo. No veía las horas de llegar y encontrarme con mi marido que, por suerte, me estaba esperando en la terminal de la empresa. No había, en esos años, una terminal de ómnibus en la ciudad de Buenos Aires. Cada empresa tenía su terminal propia, que no era más que un gran galpón con alguna que otra comodidad para esperar y despachar a los pasajeros. La de Singer estaba en Parque Patricios.

Retiramos las pertenencias de mi marido del hotel en el que se había alojado esa semana y fuimos al departamento de una familia amiga mía de la infancia, a la que había contactado y que muy amables nos ofrecieron un lugar en su departamento que, paradójicamente, estaba ubicado a una cuadra del hotel, en calle Cangallo (hoy, Presidente Perón) y Riobamba.

Al otro día volvió a llover y recién allí noté la falta de mi paraguas, que había traído en el ómnibus, afuera de los bolsos por si lo necesitaba a la llegada, algo que no sucedió porque en ese momento no llovía. Con mucha ilusión y poca esperanza, comenté con los que estaba en ese momento, que iría a la terminal de Singer a buscar mi paraguas. Por supuesto, todos opinaban que no lo encontraría. Pues bien, al llegar al lugar, me acerqué a la ventanilla para preguntar al señor que estaba atendiendo si habían encontrado un paraguas en el coche que había venido de Posadas el día anterior (había un solo coche por día que cubría este trayecto) y como respuesta a mi pregunta, este señor fue a otra habitación y regresó con mi paraguas en

la mano. De más está decir: mi sorpresa y agradecimiento por la honestidad demostrada. Al regresar al departamento de nuestros amigos nadie podía creer lo sucedido. Yo, contenta con no haber perdido mi paraguas, volví a la normalidad.

De inmediato, nos abocamos a buscar departamento amoblado para alquilar hasta diciembre. Como mi esposo debía asistir a las clases, me tocaba a mí recorrer y hacer la búsqueda, Clarín en mano, como se usaba. No había Internet y este era el diario que tenía más avisos clasificados en el rubro inmobiliario.

Había muchísimas ofertas, pero nada dentro de nuestras posibilidades económicas. Así transcurrimos nuestra primera semana sin poder disfrutar de esta Buenos Aires. Caminando sin ver lo que estábamos transitando, solo mirábamos los edificios que tenían carteles de alquiler y buscábamos aquellos a los que nos llevaban los avisos clasificados. Una tarea ardua y desmoralizadora ante la falta de una posibilidad real.

El domingo siguiente fuimos a la misa vespertina en la Iglesia de San Nicolás de Bari, en la Av. Santa Fe al 1300. Emocionante. Ferientemente le pedimos a Dios que nos ayude a encontrar nuestro alojamiento. Al finalizar la misa, decidimos caminar un rato. Tomamos hacia la izquierda, es decir, por Santa Fe hacia Callao. A los pocos pasos encontramos una galería comercial. Le dije a mi marido: “Entremos a mirar un poco”. ¡Oh, sorpresa! En uno de los locales, había pegado en la vidriera un papelito blanco escrito a mano que decía: “Alquilo departamento amoblado hasta diciembre”. No lo podíamos creer. Nos miramos y sin dudarlo, dijimos: “¡Preguntemos!”. Así lo hicimos. Nos atendió una señora muy amablemente. Nos describió el departamento ideal para nosotros. Dos ambientes amoblados, dormi-

torio con cama matrimonial y placard, living con mesa y cuatro sillas, diván cama doble y una mesita ratona, cocina equipada con vajilla, heladera y todo lo necesario. Estaba ubicado en la calle Paso esquina Lavalle, tercer piso a la calle. Tanto el living como el dormitorio tenían balcón francés, es decir, puertas balcón que abarcaban todo el ancho de la habitación hacia la calle Paso. Tal como convenimos con esta señora, fuimos a visitarlo al día siguiente. Era el departamento de su hermana, casada con un médico. La pareja había viajado al exterior también por un curso de perfeccionamiento del doctor. Nos encantó desde que entramos. Las condiciones de alquiler eran las normales: mes adelantado y una garantía propietaria, impuestos y servicios a cargo del inquilino. Como era de propietario a inquilino no había ninguna comisión. Conversando parece que les caímos en gracia y no hizo falta intervención de escribano ni de nadie para la firma del contrato de alquiler. Lo hicimos solo entre las partes. Con respecto a la garantía, una anécdota. Mi esposo era representante en el Litoral, (Misiones, Corrientes y Entre Ríos) de una consultora de ingeniería. Llamó a uno de los integrantes de esa consultora y le comentó que necesitábamos un garante para el alquiler del departamento. Como respuesta nos invitó a cenar en su departamento de Barrancas de Belgrano. Allá fuimos, muy contentos pensando que nos daría todos los datos para la garantía. Grande fue nuestra sorpresa y desilusión cuando al finalizar la cena en la que estuvieron este señor y su esposa, nos dijo que no podía firmar la garantía porque su cargo en la consultora se lo impedía. Nos dimos cuenta perfectamente que fue una simple excusa y esto nos reveló la clase de personas con las que estábamos tratando, por lo que pronto mi esposo renunció a la representación de esa consultora. Regresamos al departamento tristes y desorientados pensando a quién podíamos pedir semejante favor.

Al día siguiente, mi marido fue a clase temprano como todos los días. Cuando estábamos desayunando, la señora Consuelo, la dueña de casa, me pregunta el motivo de mi preocupación que, evidentemente yo dejaba traslucir. Le expliqué el motivo y me respondió: “No te preocupes, ya encontrarán la solución”. Terminamos el desayuno y fui al dormitorio. Pasó un buen rato, no sé cuánto tiempo habrá sido y sentí que golpearon a la puerta de la habitación. Abrí y era don Pepo, como llamábamos al dueño de casa y esposo de la señora Consuelo, nuestros vecinos y amigos de Esquina, mi correntino pueblo natal. En su mano tenía unas carpetas de cartulina rosada, tamaño oficio, algunas más gastadas que otras. Extendió su mano y me dijo: “Tomá. Llévate esto al propietario del departamento que quieren alquilar y si les aceptan puedo firmarles la garantía”. Me daba las escrituras originales del departamento en que estábamos, de su casa y los campos de Esquina. Así se usaba en aquellos años, no como ahora que todo se maneja con fotocopias. Él se dedicaba a la agricultura y tenía un buen plantel de ganado. Ante semejante actitud no hice más que agradecerle infinitamente y decirle que no era necesario tanto, que me diera solo la del departamento de Buenos Aires a lo que me respondió que presente todo para que el propietario sepa a qué clase de personas estaba alquilando su departamento. Cuando mi marido vino de su clase y le muestro y comento lo sucedido, no lo podía creer.

No eran fáciles las comunicaciones telefónicas; por supuesto, no existían los teléfonos móviles y conseguir una línea telefónica en Buenos Aires era sumamente difícil. Por ejemplo, en el negocio donde estaba colocado el papelito en la vidriera, no tenían teléfono, había que llamar al local vecino. Por todo esto, decidimos ir directamente. Cuando mostramos las escrituras para la garantía, de inmediato tomaron todos los datos, nombres y números de documento y fijaron el

horario para la firma y entrega de la llave para la tarde del día siguiente. El acto se realizó en el departamento de nuestros amigos para que don Pepo no tenga que trasladarse a otro lugar. Todo, en un ambiente cordial y amable de ambas partes. Nos dieron las llaves y, aunque ya era de noche, fuimos rápido hasta el departamento, para ver de qué disponíamos y qué necesitaríamos.

Al otro día, la señora Consuelo me dijo que vaya a limpiar el departamento y que una de las chicas que trabajaba en el departamento de ellos iría conmigo para ayudarme. Así fue. Menos mal, porque a pesar de que eran solo dos habitaciones, cocina y baño, nos dio un buen trabajo. Sobre todo el baño, que tenía las paredes cubiertas de azulejos negros y bañera. Quedan muy lindos los azulejos negros con los artefactos sanitarios blancos, pero... ¡no sé hacen una idea lo que cuesta limpiar esos azulejos! Una gota de agua que queda sin secar se marca con una aureola. Las habitaciones tenían pisos de parquet que había que encerar. La cocina tenía bajo mesada y alacena con vajilla muy completa. Había que lavar todo. Nos llevó más de un día, pero quedó impecable. Recién después de este trabajo llevamos nuestras valijas y nos instalamos en el departamento. Nunca terminaremos de agradecer a la señora Consuelo y a don Pepo todo lo que hicieron por nosotros. Fueron nuestros padres en Buenos Aires.

Recién en este momento comenzó nuestra vida de provincianos en Buenos Aires. Costumbres y nombres diferentes. Fui a la carnicería y pido dos chuletas, el carnicero me miró y me dijo: “¿Qué?” Le repito: “Dos chuletas”. Hizo una expresión de asombro. Se las señalé porque las tenía en la heladera mostrador. “Ah, dos bifos anchos”, me corrigió. Ahí, la asombrada fui yo, por el nombre que le dio a este corte de carne.

Estábamos en período de mucha inflación. En la esquina de Av. Pueyrredón y Cangallo (hoy, Presidente Perón), estaba la feria municipal con puestos de verduras, carnes, pescados, pastas frescas, artículos de limpieza y alguno que otro puesto con artículos de almacén. Un día, al llegar, pregunté el precio del kilo de ñoquis en el puesto de pastas frescas que estaba en la entrada. Me dieron un precio. Como tenía que comprar varias cosas, pensé: “Si lo llevo ya, los ñoquis van a quedar abajo en la bolsa y se van a aplastar todos”. Decidí hacer las otras compras primero y, como este puesto estaba en la puerta, comprar los ñoquis a la salida para que fueran arriba en la bolsa. Así lo hice, pero grande fue mi sorpresa cuando para pagar saqué la suma que me habían dicho un rato antes y me dijeron: “No, ya aumentaron...”. Sin comentarios. Así funcionaba nuestra economía por esas épocas.

Mi marido viajaba cada quince días en avión a Posadas para dar clases. Habían dos empresas: Austral y Aerolíneas Argentinas. Una hacía el trayecto de la mañana y la otra, el de la tarde. Ida y vuelta con escala en Corrientes las dos. Él viajaba los viernes a la tarde y regresaba los domingos a la mañana. Daba clases en la Facultad de Ingeniería de Posadas que dependía de la Universidad del Nordeste, con sede en la ciudad Corrientes. Para no quedar sola en el departamento, había fines de semana que iba al departamento de los amigos. Cuando tenía que hacer, me quedaba en el nuestro. Comencé un curso de computación en un instituto de IBM y otro de bioestadística en sanidad escolar, por lo que tenía que estudiar. Como distracción, frecuentaba el zoológico que estaba en plena actividad y tenía muchísimos animales. Pasaba horas observando a los monos que parecían personitas por cómo se trataban y las cosas que hacían.

Nos deslumbró la avenida Corrientes con sus librerías, teatros, restaurantes y luces. Ni decir de la zona del obelisco, donde era imposible no dejarse asombrar por los carteles luminosos. Solíamos salir caminando desde Paso, por Corrientes y llegar hasta Florida. Con nuestra juventud de aquellos años, esto era realmente un paseo y nos llevaba todo el tiempo que teníamos disponible en ese día. Es decir, nos quedábamos admirando lo que nos interesaba, todo cuanto queríamos. A veces, solo entrábamos en una o dos librerías y ya nos dábamos por satisfechos. Otra entrábamos a disfrutar en una de las tantas pizzerías, algunas muy famosas como Los Inmortales, Güerrin, Las Cuartetas, Bancharo, entre otras.

Así, un día decidimos entrar a tomar el té en la confitería que en ese entonces tenía el Teatro San Martín, que era nuevito. Se había inaugurado el edificio en 1960. Una confitería “con todo”. Mesas con mantel color natural hasta el piso y cubremantel blanco immaculado. Sillas tapizadas de pana roja. Pedimos dos té con leche con masas. Enseguida nos trajeron la vajilla, de porcelana, de primer nivel. Colocaron frente a cada uno las tazas y plato auxiliar, cubiertos y copa. Otro mozo trajo una bandeja con la tetera, con té en hebras, no en saquitos, el colador apoyado en una copita; la lechera; y la azucarera, que nos dejaron en la mesa al igual que una jarra de vidrio con agua. Detrás, otro mozo trajo una mesita rodante de aproximadamente 60 x 40 cm. repleta de masas finas acomodadas de manera muy decorativa. Nos miramos con mi marido y dijimos: “¿Por dónde empezamos?”. No había nadie que haya pedido algo semejante como para “copiar” como comían. La mayoría de las mesas estaban ocupadas, pero los comensales solo tenían un café o una gaseosa, no más que eso. Alguno que otro, un tostado. A la inversa, todos nos miraron, es decir, miraron la mesita rodante cargada de masas. Mi marido me dijo: “Y

bueno, comamos”. Como a él le gustaban más las de crema y a mí las de dulce de leche, así las fuimos seleccionando. Riquísimas. Pero, literalmente, no dábamos más. Mi esposo me decía: “Comé que nos van a cobrar igual”. Comentábamos cuánto tendríamos que pagar y nos conformaba el hecho de que era principio de mes y que esta sería “la salida de ese mes”. Llegó el momento en que dijimos basta. En la mesa auxiliar quedaban unas pocas masas. Llamamos al mozo para pagar y grande fue nuestra sorpresa cuando contabiliza cuántas masas habíamos comido y sobre ese número fue el precio que nos cobraron. No se pregunten cuánto pagamos. Fue el importe de la salida de dos meses. Pero... ¡qué ricas eran esas masas y qué bien la pasamos en ese lugar! Hasta hoy lo recuerdo con nostalgia.

Algunos fines de semana soleados, íbamos hasta la Costanera Sur. El agua del río bañaba la arena de la playa a la que aún, en invierno, concurrían los lugareños a tomar sol. Hoy, con la reserva ecológica y demás, es imposible imaginar aquella postal, pero en 1968 la pudimos apreciar.

Para completar la traza de la Avenida 9 de Julio estaban demoliendo las últimas manzanas edificadas para llegar con la obra hasta Constitución. Todas las manzanas de número 1000 fueron demolidas para abrir la avenida. Por eso, las calles que cortan la avenida hacia el lado de la Casa Rosada terminan con el número 999 y después de la avenida, comienzan con el 1100. En esas manzanas, había muchos negocios cuyos locales fueron expropiados y cerraron sus puertas. Yo los recorría y aproveché muchas de las tantas ofertas que ofrecían. Conservo bijouterie de aquella época, artículos de mercería, artículos de bazar. En una de las mercerías que compraba daban como promoción entradas para los teatros de la Avenida Corrientes. ¡Cómo

los disfrutamos! No perdimos ninguno de los cupones. Obras excelentes interpretadas por artistas famosos del momento. A veces, no necesitaba nada pero iba a comprar un carretel de hilo para tener las entradas de teatro.

Así fueron transcurriendo los diez meses y llegamos a diciembre. Decidimos ir a pasar la Navidad y el Año Nuevo a Santa Fe, donde vivía mi madre, y después ir a Posadas. Despachamos por Singer los bultos con las cosas que habíamos comprado durante el año, que no fueron pocas. Entre ellas, máquina de tejer y televisor que recién se estaban popularizando. Lo que compramos de ropa y cosas de bazar, por ejemplo, lo iba llevando mi esposo cuando hacía los viajes para ir a dar clases.

Llegó el día de despedirnos de Buenos Aires. Fue con bastante pesar, pues, nos habíamos acostumbrado muy rápido a su ritmo de vida. Regresamos a Posadas. Pasaron los años. Tuvimos a nuestro primer hijo. A los dos años de este niño nació nuestro segundo hijo, pero con discapacidades, producto de la rubeola que me afectó durante el embarazo. Allí, otra vez en nuestra mente y en nuestra vida: Buenos Aires.

En Posadas no teníamos profesionales especializados para su discapacidad. Tenía problemas de corazón, de vista, de oído y neurológicos. Por supuesto, tuvimos que recurrir al Hospital de Niños de la Capital. Atención de excelencia. Nos abrieron las puertas. Nos aconsejaron y acompañaron en su estimulación para que este niño vaya creciendo de la mejor manera. Seguimiento continuo. Estudios especializados, cirugías de vista (nació con cataratas en ambos ojos), cirugía de corazón, hicieron que desde 1974 nos instaláramos definitivamente en la ciudad de Buenos Aires. En esta, mi querida Buenos

Aires, en la que he vivido los últimos cuarenta y cuatro años de mis setenta y dos años de vida actuales. En la que vi soles y lunas, tuve risas y llantos, alegrías y tristezas, éxitos y fracasos, esperanzas y desesperanzas, nacimientos y muertes, proyectos concretados y perdidos, triunfos y frustraciones, pero, por sobre todo en la que fui y soy inmensamente feliz.

Y, colorín colorado, este cuento ha terminado.

Acá estoy, en julio de 2018, sin quererlo, justamente a 50 años de aquel abril de 1968 contándoles esta historia, en la que espero haberles reflejado cómo se siente un provinciano en Buenos Aires. Ciudad, donde muchos queremos llegar y en la que se puede vivir y disfrutar a pleno. Buenos Aires ofrece a todo el mundo sus bonanzas y maravillas. Aquí, siempre hay algo más para mirar, para conocer, para pasear, para estudiar, para trabajar, para consultar, para soñar, para sorprenderse, para hacer... para contar... para vivir.

**Teresa Fanny Gsell**  
tere2726@yahoo.com.ar



## Pasando frío en la estación Teatro Colón

–Te vas de aquí, pelotudo de mier... No te aguanto más, vete, vete.

Alberto Casillas decidió emprender la retirada, mucho más ahora, cuando la situación no había sido tan violenta como en otras oportunidades. Su esposa, Paula Cristina, tenía el móvil en la mano y la cara descompuesta. Lo lanzó sobre la mesa, lo cual, interpretó Casillas, fue la señal para que se lo llevara. No pensaba retener aquel aparato. Desde donde estaba Alberto, pudo distinguir, aunque no con claridad, una foto de mujer. Y sabía que eran varias, no solo era Flor, la actual amante, sino que había fotos de Adriana, María Ester, Cristina y Petra María. Algunas de esas imágenes eran bastante atrevidas.

Tal vez, el marido agradecía, en su entender interno, que aquella mujer, a pesar de la incomodidad que se le salía por los poros, no actuó con violencia física. Era corpulenta, de manos grandes y brazos fuertes, quizás producto del trabajo rudo que desempeñó durante su infancia en la granja de la abuela materna, doña Otilia, en el campo donde pasó los primeros doce años de su vida. Paula Cristina era robusta, mas no obesa. Su dedicación al ejercicio la hacía tener una figura esbelta y grácil. A pesar de todo, era de ademanes finos, pues, se había cultivado en el estudio y la preparación intelectual en el buen sentido de la palabra.

Mientras que él era esmirriado, flacuchento, esquelético, parecía que se desarmaría cuando caminaba rápido o cuando bailaba aquella música en extremo movida, que tanto le gustaba. Se conocie-

ron casualmente en las oficinas del Rectorado de la UBA, en San Martín 640, cuando ambos fueron a realizar trámites sobre sus respectivas carreras. El día nunca lo olvidó. Era la primavera de 2007, 21 de septiembre, a las 9 de la mañana. Él cursaba en el noveno semestre de ingeniería. Ella, psicología y le faltaban dos años para graduarse. Primero se sonrieron. De las sonrisas pasaron a una conversación informal y fueron intimando hasta que terminaron en un café, cerca de las oficinas del rector, donde pasaron una tarde de risas, café, gaseosas y facturas. Se rieron hasta más no poder, contando infinidades de anécdotas y de vez en cuando se producía hasta un roce furtivo de manos. En un momento de silencio solemne, él le susurro una línea de un poema de Benedetti: “Eres Hermosa desde el pie hasta el alma”.

Ahora, estaba ahí sentado, en un banco de la estación del cole, en Teatro Colón. Hacía mucho frío, pues, estaba empezando el invierno y calaba los huesos. Se subió el cuello del abrigo, tratando de refugiarse en esa prenda que le lucía como demasiado grande para su escuálido cuerpo. Frotó las manos con fuerzas y las sopló, tratando de darle calor. Suspiró hondo y sacó el móvil del bolsillo del abrigo. Buscó los mensajes y se dijo así mismo: “Carajo, porque no lo bloqueé como siempre lo hago”. Eran los mensajes cálidamente amorosos de Nancy, una hermosa rubia de 25 años, con la que tenía una diferencia de quince años. Bueno, ya pasó, ya no hay nada que hacer.

Vio a todos lados de la estación y pudo comprobar que ya se encontraban pocas personas esperando el transporte. Hacia su mano izquierda, unas cinco personas, esperando el 45 o el 70 y a su mano derecha tan solo tres personas. Del otro lado, no había nadie. Llevó su mano a la quijada y se preocupó. No sabía qué hacer. No se le ocurría a quien llamar para pasar la noche en casa de un amigo o amiga.

Casa de Mónica, ni pensarlo; ella, la otra autora de los mensajes ca-  
lientes, era casada y de seguro a estas horas estaría con su marido.

Tal vez, lo más terrible de la situación era el violento frío que lo  
azotaba. Calaba los huesos hasta el alma. El frío atravesaba el abrigo  
y entraba en su piel como un cuchillo afilado que se hunde sin mise-  
ricordia. Como hablando con el gélido viento que lo envolvía, se dijo:  
“si paso aquí la noche, en la madrugada estaré congelado. No sé qué  
hacer”.

Mientras escudriñaba con la vista hacia los distintos lados de la  
estación, como buscando no sabía qué, sonreía nerviosamente. Cuan-  
do la estación se fue quedando más sola, desde el norte vio una figu-  
ra que se aproximaba, estaba vestida toda de negro, con un sombrero  
de ala ancha del mismo color, lo cual no permitía distinguirla con  
claridad los rasgos de la cara. A lo lejos, se veía como una persona de  
estatua regular, tal vez, unos 1.70m, pero a medida que se acercaba se  
iba haciendo más alta. Le llamo la atención y trató de voltearse, para  
no prestarle más atención a aquella extraña figura. Se dijo: “Deberá  
pasar por detrás de mí, como dentro de unos cinco minutos”. Esperó  
con cierta intriga. “¿Quién será ese pelotudo?”, pensaba.

A medida que se acercaba aquella figura, no sabía si era hom-  
bre o mujer. Empezó a sentir un olor extraño, fuerte, fétido, que im-  
pregnó todo su espacio. También, sintió una temperatura extremada-  
mente gélida, casi a nivel de congelación. Alberto sintió un enorme  
miedo, pero trató de no perder la compostura, no quiso voltear para  
ver aquella figura. Se armó de valor y giró la cabeza para seguir con la  
vista a la visión fantasmal que no llegaba a descifrar en su totalidad.  
Cuando observo con atención, se dio cuenta de que entre el abrigo y  
los zapatos no había nada, o sea, aquello si podía llamarlo así, pare-

cía no tener piernas. Sería la luz bolichera o sería su miedo creciente, pero no atinaba a descifrar aquella figura, la cual se asociaba a un olor pútrido y a un ambiente lúgubre. Tragó grueso y estaba a punto de correr. Quiso hacerlo, pero cuando apoyó sus manos en el asiento de metal lo sintió terriblemente frío, helado más bien. Metió las manos con rapidez.

De pronto, la figura se detuvo, el olor se acrecentaba, el frío quemaba. Se empezó a oír en el ambiente una especie de ruido sordo, como un murmullo que iba en aumento. Aquello se volteó, enderezó la cabeza para levantarla y Alberto pudo comprobar con horror que el espectro no tenía cara. Se le heló la sangre mucho más y sintió que las piernas no le respondían, porque pretendía pararse y salir corriendo, pero no podía. Un líquido tibio comenzó a caer desde el asiento hasta el piso, por entre las piernas de ese hombre verdaderamente asustado.

Con la misma velocidad, cambió nuevamente de posición y aquella figura partió raudamente. Alberto miró a todos lados y pudo comprobar con mucho miedo que estaba totalmente solo en la estación. Vio hacia el norte siguiendo con la mirada a la figura espectral y al llegar al límite de la estación, sobre la calle Viamonte, la capa negra de aquella figura giro y desapareció.

Una risa estentórea llegó claramente hasta sus oídos y lo aturdió. Poco a poco fue bajando la intensidad del ruido hasta que por fin desapareció por completo. La niebla pasó, el frío empezó a ceder y la luz de los faroles se hizo más clara. Todo pasaba. Todo cambió. La oscuridad del cielo comenzó a ceder y las figuras de edificios y árboles comenzaron a hacerse más visibles. El tiempo que parecía haberse detenido, comenzó hacerse rutinario otra vez. Todo parecía

volver a la normalidad.

Para Alberto el miedo se había ido. Las manos sintieron un apacible calor agradable. Como pudo sacó el móvil y marco:

–Cuchita (así le decía él a su esposa), pero luego solo balbuceaba, no atinaba a ordenar una frase coherente... Cu cucuhita, ¿me perdonás? ¿Puedo volver a casa?

Alberto escuchaba con cara de sorprendido. Dejó de hablar y solo estuvo escuchando por unos cinco minutos. Se lo veía incómodo, cambió de posición en el asiento. A pesar de la temperatura fresca, empezó a sudar copiosamente y las gotas de aquel líquido inundaron su frente y mejillas. Empezó a sentir agobiante calor y con la mano libre comenzó a despojarse del abrigo, se quitó la bufanda y se daba aire con la mano.

Aquel hombre se puso pálido, abrió los ojos desorbitadamente y en la boca se la vio un rictus indescifrable... el móvil cayó de sus manos.

**Rafael Ramón Guía Morales**  
willyfelipe2030@gmail.com



## Ensayo general

130

Ni la imaginación más febril hubiese concebido tamaño sainete durante el ensayo general. Este era como la frutilla del postre, la terminación de todos los ensayos que habíamos protagonizado durante varias semanas en el viejo teatro, y consistía en pasar la letra por última vez con el vestuario adecuado para la ocasión, el cual había sido gentilmente prestado por parientes y conocidos.

Vestidos largos, faldas, blusas y algunas pelucas. Vale recordar que del primero al último de los mismos, siempre fuimos visitadas por un hermoso gato negro que aparecía puntualmente cuando comenzábamos con la letra de nuestros diálogos y luego se retiraba. Era muy simpático verlo presenciar nuestra actuación. Si le gustaba lo que estábamos diciendo, se ubicaba frente a nosotras y nos miraba fijamente, luego entraba en una especie de éxtasis, entrecerrando los ojos y así hasta terminar. De lo contrario, se daba media vuelta como disgustado, enfilaba para las butacas de adelante o de atrás del viejo teatro y comenzaba a acicalarse, se hacía un ovillo y se disponía a dormir. Era su forma de aprobar o no la letra, siempre se cumplía la regla.

Nosotras entre murmullos y risas escondidas, decíamos: “Allí viene el dueño del teatro”. A lo mejor estaba reencarnado en este hermoso felino, nos habíamos habituado tanto a su presencia que si se demoraba por algo, quizás algún programa mejor, lo extrañábamos.

La obra era una comedia ligera y divertida, la cual transcurría en los sesenta. Era el encuentro de unas amigas que no se habían

visto por largos años, algunas desde que habían terminado la secundaria. Unas, solteras y otras, casadas se reencontraban e iban a tomar el té a la casa de una de ellas. Ya todas sabíamos el texto a la perfección, fue por ello que el director de la obra dispuso hacer el último ensayo con la vestimenta que usaríamos para el debut de la obra. Faltaban dos días para estrenar y todo debía salir idiez puntos!

Llego el día y todas fuimos rápidamente al vestuario que estaba detrás del escenario. Era un cuarto viejo y desvencijado, con un espejo que se caía apenas lo rozábamos. Pero, para nosotras, era como entrar al túnel del tiempo. Entrábamos vestidas de calle y salíamos para el escenario como señoras elegantes de esa época. Algunas con glamorosos vestidos largos y otras con faldas y blusas adornadas con hermosas puntillas. Todas con pelucas y sombreros, más el maquillaje. ¡Nos sentíamos verdaderas actrices!

Impecablemente vestidas, nos ubicamos alrededor de la mesa. En la cabecera se hallaba la dueña de casa y a los costados, de un lado y del otro, las invitadas, tres de cada lado. Luego de saludarse entre todas, comenzaron a dialogar amablemente, evocando recuerdos de su juventud. Algunas de ellas habían sido compañeras del secundario, otras se habían casado con amigos en común y el resto se había quedado soltero. La charla transcurría amena y divertida.

En un momento, la anfitriona agitó una campanilla, que tenía a su derecha, llamando a la mucama. A todo esto, el gato negro había entrado sigilosamente al escenario y rápidamente se había escabullido entre nuestros pies, pero... había algo que lo inquietaba, pues, se lo sentía moverse intranquilo y nos daba coletazos por debajo de la mesa. Quizás porque nos había desconocido, por los atuendos, o vaya a saber por qué. Los diálogos continuaban. En un momento,

hace su entrada la mucama con una hermosa bandeja de plata, y, sobre ella, unas exquisitas copas de cristal. Eran para hacer el brindis del encuentro.

Imprevistamente algo sucedió. Al llevar la bandeja con tanto cuidado, la mucama no vio parte del vestido de la señora y lo pisó, de modo que trastabilló y cayó encima de una de las invitadas. La bandeja y las copas fueron a dar, parte, sobre la mesa y, otra parte, al suelo. Hecho que produjo un estrepitoso ruido. Del susto, el gato salió como eyectado desde su escondite debajo de la mesa y fue a parar sobre la misma. De allí, saltó sobre la cabeza de la anfitriona, que comenzó a gritar aterrorizada; y el gato, con sus uñas, arrastró la peluca de la misma y salió corriendo a refugiarse a los camarines.

Después del primer impacto, las carcajadas no se hicieron esperar. Además, no sabíamos si ayudar a la mucama caída sobre una de las invitadas, recoger el desastre producido por la bandeja y las copas rotas o ayudar a la señora que se agarraba la cabeza. La voz potente del director, calmó nuestros ánimos y dio por terminado el bendito ensayo general.

Mientras nos cambiábamos, recordábamos lo acontecido y volvíamos a reír por lo bajo, comentando que había sido la comedia más brillante que habíamos visto y protagonizado. Fue todo tan sorprendente y divertido que pensábamos en tener al gato negro como nuestra mascota para la próxima obra.

En un rincón, estaba la peluca, que el bendito gato había arrastrado con sus uñas, desde la cabeza de la anfitriona hasta ese escondite. Por suerte, el vetusto espejo no se había caído; la velocidad con la que el felino había entrado, daba para tirar todo lo que encontrara

en su camino. Nosotras llegamos a la conclusión que presentía que algo iba a pasar, de allí su irritación y nerviosismo.

¡Y luego el día del debut! A la entrada del teatro, se encontraba uno de los asistentes del director para impedir que ingresara a la sala “El Intruso”, el famoso gato negro, y evitar así que cometiera alguna tropelía, como ya había pasado. Pero más hábil que ninguno, se esca-bullo entre la gente y se ubicó en la última fila. Allí, no había nadie que lo viera, salvo nosotras que sí lo vimos.

Detrás del telón, lugar privilegiado para nosotras, podíamos ver como los invitados entraban a la sala, algunos ruidosos, otros más tranquilos, familiares y amigos venían a presenciar ¡Nuestra primera obra!

En la penumbra del viejo teatro, sus ojos brillaban desafiantes. Casi al finalizar la obra, se retiró con su porte orgulloso y su gran cola levantada. Esta vez se había comportado bien.

¡El público asistente, aplaudía la obra de pie! Lo que nunca supieron fue que el “ensayo general” había tenido más comicidad y muchos ingredientes más reideros que la obra que aplaudían. Ese fue un secreto que mantuvimos por largo tiempo...

La pregunta que nos hicimos después fue si sería realmente una reencarnación del dueño del teatro. A lo mejor no estábamos tan equivocadas.

**Norma Beatriz Berasain**  
berasain@yahoo.com.ar

La Gerencia Operativa de Formación Integral, a través del área de Capacitación Integral para Adultos Mayores, busca enriquecer las potencialidades de las personas mayores de la ciudad y acompañarlas en nuevos proyectos, realizando actividades desde una mirada integradora y propiciando la inclusión socio-cultural para que la persona mayor sea la protagonista.

El certamen literario “Historias de Buenos Aires” tiene como objetivo incentivar a través de expresiones artísticas y culturales la participación activa revalorizando la imagen positiva de la vejez.

**Dra. Lorena Spina**

Gerente Operativo de Formación Integral  
Dirección General de promoción e Inclusión Social  
Secretaría de Integración Social para Personas Mayores  
Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat





**Guadalupe Tagliaferri** - Ministra de Desarrollo Humano y Hábitat

La literatura es un recurso maravilloso que nos permite explorar nuevos mundos, vivirlos y sentirlos como si fueran reales, aquí y ahora. Y con esas historias no solo se enriquecen quienes las leen, sino también aquellos que las producen y las sueñan.

Por eso concebimos este Certamen Literario 2018, sabiendo que las personas mayores son protagonistas de bellas historias de nuestra querida Ciudad de Buenos Aires, y que todo su aporte para transformar esas historias en relatos es una de las formas que tenemos de homenajearlos y de hacer que su mirada y sus sueños perduren en el tiempo.

¡Muchas gracias a todos los adultos mayores que se sumaron a esta iniciativa! Los invitamos a seguir dando nuevos pasos en el mundo de la literatura y enriquecernos con su mirada.

**Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat**

Secretaría de Integración Social para Personas Mayores

Dirección General de Promoción e Inclusión Social



**Buenos Aires Ciudad**